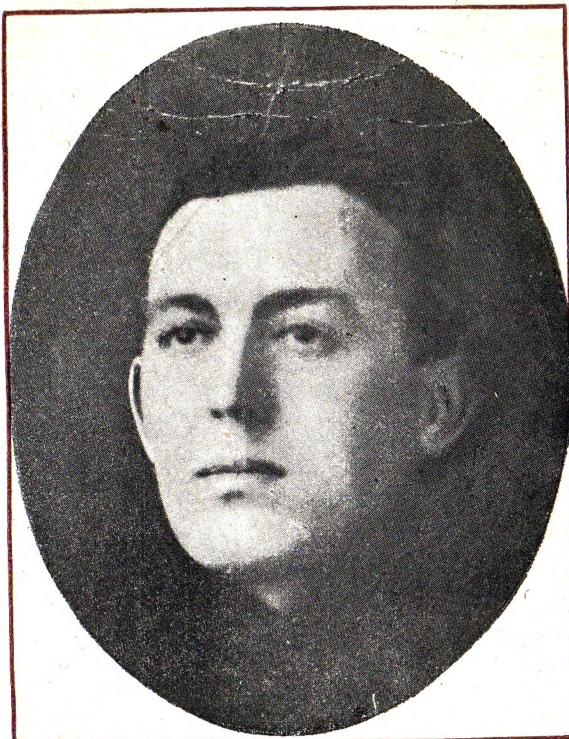
LAS GRANDES OBRAS

Año II. SE PUBLICA QUINCENALMENTE Núm. 52









Notas de un literato Naturalista

Por ELIAS CASTELNUOVO

Capital: $ 0.20 Interior: $ 0.25

Las Grandes Obras

PUBLICACION DEL PENSAMIENTO UNIVERSAL

Director JULIO R. BARCOS | Redacción BOEDO 841 | Administrador FRANCISCO MUNNER

AÑO II | JUNIO 29 DE 1923 | NÚM. 52

ELÍAS CASTELNUOVO

Es uno de los nuevos. Aunque su nombre no figure todavía entre las reputaciones de cartel, está destinado a incorporarse muy rápidamente entre los escritores de primera fila de nuestra República literaria. Posee cualidades ingénitas de filósofo y artista que lo destacan como un temperamento realmente original y novedoso hasta aparecer desconcertante a quienes lo leen por primera vez. No se parece a ninguno de los literatos de nuestro ambiente intelectual. Dijérase un habitante de otro mundo espiritual o de otro planeta. No obstante, él convive en el nuestro, es un actor y un espectador dentro de nuestro escenario social; está en el foco de la vida revolucionaria obrera y pasea, al mismo tiempo, el espejo de su espíritu, como un turista tranquilo y risueño por el mundo en que le toca moverse, reflejando, a su modo, humorísticamente, pero con un noble y osado humorismo filosófico comparable al de Mark Twain, las costumbres, las ideas y las imbecilidades de nuestros semejantes.

En el fondo de sus burlas llenas de causticidad y de gracia hay, sin embargo, como en el fondo de la risa de Garrik, un timbre patético de tristeza que vela de una noble y exquisita melancolía las mejores páginas de sus cuentos y novelas. Lo que revela que este simpático y talentoso muchacho, si bien nació con la risa de Voltaire en los labios para burlarse hasta de Jesucristo cuando sorprende el lado ridículo de las cosas, también nació dotado de un espléndido corazón de poeta propenso siempre al enternecimiento. Estas línea sobre la personalidad literaria de Elías Castelnuovo no son sino un ligero anticipo a los lectores de LAS GRANDES OBRAS de una semblanza más completa que precederá a la publicación de un libro de cuentos del mismo. Castelnuovo no es, aun hoy, un desconocido. En la prensa revolucionaria se cotiza bien su firma y sus cáusticos artículos son publicados y transcriptos con especial interés por muchos periódicos obreros. El año pasado, Castelnuovo se llevó el primer premio en el concurso literario del diario "La Montaña" con un cuento admirable que el jurado calificó como un cuento de estilo gorkiano.

Nuestros lectores darán su fallo después de leído la bellísima sátira que Calstelnuovo les dedica ahora en este número de nuestra revista a los doctores de la medicina legal, sobre si es o no éste uno de los escritores más originales del país.

ELIAS CASTELNUOVO

Notas de un literato Naturalista

Yo soy literato: nací literato y pienso morir literato; en mi familia, todos fueron consecuentes con sus ideas hasta la muerte. Tuve un tío que nació tuerto, vivió tuerto y murió tuerto.

No es por hacer alarde de vanidad patronímica, pero, me es grato consignar que provengo de una familia ilustre: mi padre era un honrado alcoholista, mi madre una sirvienta honestísima y mis abuelos se destacaron lavando ropa sucia durante cuarenta años con la constancia integérrima de dos camellos perfectamente domesticados. No sé si entre mis ascendientes lejanos hubo algún pitecantropos, pero, sé que todavía me quedan dos hermanas que no desmienten en ningún punto el carácter tenaz de mi estirpe, dos hermanas modelos, la mar de simpáticas: una es neurasténica incurable y la otra es empedernidamente epiléptica.

Cada cual en mi familia, cumple su misión histórica y social de acuerdo con la teoría del determinismo.

Es así como yo soy literato, novelista naturalista, discípulo predilecto de Guyau y admirador ferviente de Mauclair; desciendo directamente de Zola o de Dolstoyewski o de Korolenko o de Hamsun; yo mismo, no lo sé positivamente. Respecto a mi genealogía literaria tengo dudas terribles que me producen frecuentes jaquecas en la imaginación: a veces se me sube Honorato de Balzac a la cabeza, a veces es León Tolstoi quien me perturba el juicio.

De mi origen literario, a decir verdad, no afirmo esto o lo otro: dudo. La duda es el principio de la sabiduría, la afirmación, el principio de la ignorancia; todo el que empiece a dudar empieza a ser sabio y cuando se llega a ser sabio, se sabe, entonces, que no se sabe nada.

En la duda, claro está, me abstengo: no quiero incurrir en el error craso que incurren ciertos reyes arruinados, canijos y fanfarrones, que creen descender de algún guerrero insigne y descienden, a lo mejor, de algún insigne mucamo; tampoco quiero incurrir en la locura de un pariente mío, internado en "Las Mercedes" a raíz de sus megalomanías progresivas, quien asegura ser hijo ilegítimo del rey de Dinamarca y es, no obstante, hijo legítimo de una infatigable lavandera, hermanastra y colega de mi abuelito: otro ejemplo edificante de resignación cristiana con dos jorobas.

A mí difícilmente me fuman mis propias reflexiones porque a todo aplico el método científico. A veces, aunque me sé hijo de un coloso de las letras modernas y como no estoy seguro de mi legitimidad, es cierto, me tortura el secreto de mi presunta bastardía; pero, a veces, por el contrario, me felicito ser, propiamente un expósito de las letras, una especie de pato silvestre recién salido del tintero.

¿Ultimamente, me digo, qué me importa a mí ser hijo de un gigante si yo soy un enano? ¿O ser hijo de un genio si yo

soy un idiota? ¿O ser hijo de un idiota si yo soy un genio? (Esto último es medio difícil).

Yo, soy yo: Mario Yunta, literato, literato hasta la muerte, novelista naturalista, hijo de nadie o del torno, cuya personalidad no tiene nada de común con sus antepasados que han muerto. Ellos, fueron ellos, (¿no es esto?) allá ellos en el cementerio.

Experimento, eso sí, un enorme desprecio por todas las escuelas literarias, a excepción de la escuela naturalista, a la cual estoy adscripto sin que Romain Rolland tenga conocimiento de ello.

Conviene saber que le doy al arte un carácter profundamente sociológico y como la sociedad está revuelta, una aplicación profundamente belicosa: para mí el arte es una guerra sin cuartel emprendida por una minoría selecta contra el analfabetismo de la mayoría.

Consecuentemente, divido a los novelistas en cuatro sectores: novelistas naturalistas, novelistas románticos, novelistas decadentes y novelistas papanatas.

Mi desdén lo distribuyo por partes iguales entre los románticos y los decadentes, pero mi indignación se comprime y comprimida la vuelco íntegra en el sector de los papanatas, a cuyo frente se halla el distinguido escritor esculapio Gustavo Martínez Zuviría, incomparable autor de "BOMBARDA".

Nada subleva tanto mi espíritu como la presencia de estos soldados en el campo de batalla que en vez de combatir el analfabetismo estético, lo fomentan.

Desgraciadamente, este sector es el más fuerte en nuestra república; cada día, además, aumenta el número de sus beligerantes... Ocuparon en poco tiempo, los puntos más estratégicos, se adueñaron del parque y de la artillería; la prensa, el libro y la tribuna cayeron en su poder: secuestraron a Gutenberg, primero; después, amordazaron a Demóstenes...

Gustavo Martínez Zuviría es el mariscal de esta partida de garibaldinos que están envenenando al pueblo con los gases asfixiantes de sus blandicies espirituales.

Los papanatas, semanalmente, se aglomeran en los kioskos, uno arriba del otro, donde rivalizan en escalera por vender el espléndido contenido de sus cráneos espléndidamente vacíos, a precios que no admiten competencia (0.10 el esperpento: un tarro de mermelada poética, original, inédita, recién evacuada).

La literatura malsana es más saludable que la literatura epidérmica de los papanatas y la sarna del romanticismo, esa fiebre terrible de rascarse los dolores en público, me resulta menos contagiosa que la enfermedad de estampar ganzadas en caracteres de imprenta.

Acreditemos que Gustavo Martínez Zuviría no es un enfermo aislado: es uno de los tantos casos de nuestra epidemia, un magnífico forúnculo de la estupefacciente viruela que le está desfigurando el rostro a la literatura nacional.

Ahora, bien: yo sin ser médico me pregunto: ¿con qué podía curarse la enfermedad que nos aflige?

Y yo me contesto: con el mismo remedio que se curó Francia a mediados del siglo XIX cuando apareció Emilio Zola: con la vacuna del naturalismo; vale decir, escribiendo seriamente, aplicando el método científico, el examen riguroso, la observación exacta, el microscopio, la radiografía, el teodolito, la teoría de la relatividad...

Un novelista es un obrero de la inteligencia que trabaja incesantemente por amor al trabajo: no es un burócrata palurdo que detenta sus honorarios eludiendo la tarea que implica una labor concienzuda. Trabaja sus novelas como un agricultor trabaja el campo de su cosecha. Primero siembra el grano, más tarde efectúa el riego, cuida la germinación, poda los árboles, y, recién, después de mucho tiempo y no poca fatiga recoge los frutos (unos frutos amarguísimos).

El plan general de su novela es objeto siempre de profunda meditación.

Yo no me siento nunca a la mesa de trabajo, como algunos, con las manos vacías y el caudal enorme de su inagotable ignorancia: a diestra y siniestra tengo pilas de materiales, cajones de notas, esquemas en latas, barricas de apuntes ob-

tenidos para mayor exactitud con el pantógrafo...

A los 24 años, por ejemplo, y estando en el apogeo de mis facultades germinativas, en el seno de mi hogar se planteó un asunto de carácter naturalista. Dos años más tarde el mismo asunto me andaba hormigueando en la cabeza. Pasó otro año y me sentí punto menos que embarazado.

Transcurrieron nueve meses más hasta que un día me senté a la mesa con dolores de parto... Se me contraía la "matriz" en una forma indubitable.

El motivo de mi novela era una hermana mía: (la más simpática: la neurasténica) operada de colectomía en junio de 1920. Como me proponía estudiar los cambios espirituales que produce semejante operación, mi novela, sería, quizás, una novela psicológica o pedagógica o patológica...

Estuve vacilando un rato, pero, al fin, me decidí y le puse el siguiente título:

UNA COLECTOMIA FUNESTA.

Inmediatamente pensé que el público grueso a quien había declarado la guerra, no entendería el significado de la palabra colectomía y reputé conveniente hacer una llamada con un asterisco; (£) "Colectomía significa extracción total del colon".

En seguida, una llamada a la llamada con dos asteriscos: (£ £) "Colon: parte del intestino entre el ciego y el recto: es un error lamentable hacer aguda esta palabra." (Petit Larousse, 5.900 grabados, 200 cuadros, 102 mapas, edición 1912).

Yo, soy extremadamente prolijo y minucioso en la composición de mis novelas y no olvido, como Zola, la descripción detallada de los objetos, de las personas, de los lugares, de las plantas y de los bicharracos.

Para describir el vuelo circular de los escarabajos empleé todo un capítulo en una de mis mejores novelas que todavía no escribí; en la segunda edición de la misma, corregida y aumentada, empleé dos capítulos para analizar el instrumento filarmónico de las ranas. Si pasa una mosca ante la vista de un personaje mío, la someto a un examen escrupuloso y si un mosquito le entierra el aguijón en la región glútea, lo someto inmediatamente, lente por lente, a los 3 objetivos del microscopio. A esto le llamo yo, aplicar la física a la literatura.

Después de insertar el título de mi novela, evoqué la figura descomunal de Metchnikoff, que fué, según parece, el primero que levantó la hipótesis sobre la inutilidad del colon. Traje en apoyo de la tesis presentada por Metchnikoff, pruebas irrefutables; demostré como dos y dos son cuatro que el colon desempeñaba una función parasitaria indigna de la actividad de nuestro sistema. Era algo así como un portero perezoso que vigilaba malamente, reteniendo con manifiesta arbitrariedad la salida de los habitantes del estómago y entorpecía el tráfico; un portero zanganudo e inepto a quien urgía destituir de su puesto.

Para confirmar mis afirmaciones ilustré la tesis de Metchnikoff con algunos datos fisiológicos: la digestión se efectúa normalmente en 12 horas: cuatro en el laboratorio del estómago y ocho en la portería del colon. Mientras en la primera etapa los alimentos son sometidos a todo género de manipulaciones hasta ser reducido a su mínima expresión de viles excrementos, en la segunda etapa permanecen estancados, inmóviles como pasmarotes, bajo el influjo de una catalepsia inexplicablemente estúpida. Un estado de necedad profunda absorbe por completo su dinamismo.

¿Con qué objeto la naturaleza inflexible se permite esta licencia poética después de haberle extraído todos los jugos necesarios a la alimentación? ¿Cuál es la razón suficiente que justifica la retención de los residuos, una vez realizada la digestión que es lo único que conviene a nuestro desarrollo?

¿En nombre de qué premisas estéticas Dios nos instaló una letrina en el cuerpo?

He aquí lo que preocupaba a Metchnikoff en cierta época y lo qué me preocupaba a mí antes de entrar de lleno en mi novela que iba tomando un carácter

marcadamente fisiológico.

Desde luego, Metchnikoff, niega esa sabiduría infinita que le atribuyeron a la naturaleza los poetas papanatas, nacidos al calor artificial de la incubadora del romanticismo. La naturaleza para un sabio no es tan sabia como lo es para un ignorante: tiene sus lagunas y sus puntos vulnerables. Si le damos una calabaza a un sabio nos demostrará que no es una calabaza perfecta, aunque sea una calabaza; si se la damos, en cambio, a un ignorante afirmará inmediatamente que es una calabaza.

Volviendo a la digestión conviene consignar que su duración es de 12 horas en lo que a personas normales se refiere; pero, como el 90 por 100 de los hombres son secos de vientre, la permanencia de los residuos se prolonga como los expedientes judiciales. Hay sujeto, espantosamente constreñido, que se pasa 9 días enojado con el w. c. sin dirigirle una sola mirada de reconciliación. Algunos, lo visitan diplomáticamente, cada vez que muere un obispo y otros sospechan que cuanto más tiempo permanecen en el intestino grueso los excrementos, tantos más jugos y provecho les extraen.

Sin embargo, existen demostraciones científicas al respecto: una vez terminado el período regular de las 12 horas, los residuos se descomponen y fermentan venenos que pasan a la sangre produciendo una intoxicación química. Si el 90 por 100 son secos de vientre y consecuentemente secos de carácter, es de suponer, **también, que el 90 por 100 estén envenenados (aunque no revienten).**

La intoxicación trae una serie de trastornos nerviosos y respiratorios; se pone, además, la piel sucia y amarilla, salpicada aquí y allí de secreciones mórbidas, se hinchan los párpados, languidece el fulgor de la mirada, la caspa hace extragos en el bulbo piloso, se cae el cabello y una angustia terrible de "La princesa está triste, la princesa está pálida", se apodera del alma oscurecida del envenenado. Si es literato le da por escribir tragedias, si es hacendista por matar vacas, si es sabio por inventar explosivos para el gobierno y si no es sabio por tirárselos al jefe de policía. Vienen, asimismo, complicaciones interesantes con las glándulas genésicas, fuente de todas las aberraciones sexuales, que pueden transformar a un don Juan Tenorio en un san Manuel Kant y a una doña Juana Tenorio en una santa Teresa de Jesús, y a una santa Teresa de Jesús en una Delmira Agustini...

Otros médicos ilustres, recogieron la tesis de Metchnikoff y para evitar las odiosas consecuencias a que nos condenaba la incuria del colón, sin más trámites legales, propusieron su decapitación. En un congreso, allá por el año 1905, se decretó por H más Z la pena de muerte del colon.

A ninguno de los congresales, afortunadamente, le ocurrió como al doctor Guillotín, inventor de la guillotina, que fué el primero en probar el instrumento.

Suprimiendo el colon, los alimentos no podrían permanecer más de cuatro horas en el organismo y la humanidad se libraría de una carga verdaderamente onerosa.

Estas ideas entusiasmaron al mundo científico y ocuparon boletines y revistas durante 10 años hasta que surgió un inglés intrépido — sir Alburnot Lane — quien, excitado por las lecturas de Metchnikoff, peló el bisturí y sin encomendarse a Dios ni al Diablo empezó a suprimir intestino grueso con resultados sorprendentes: de 1.000 pacientes a quienes operó en el primer ensayo se murieron nada más que 700. Los otros, por lo menos quedaron parados, aunque mal parados: con muletas algunos, otros con fajas, otros con suspensores y espalderas, algunos marchan sobre carritos. Pero, la ciencia había obtenido su primer triunfo, un triunfo ruidoso en la casa de sir Alburnot Lane.

A esta faena de extraer el colon, se la denominó, pues, colectomía. Llegó en el primer momento a despertar un interés grandísimo y por más de 5 años excitó los nervios a los más conspicuos cirujanos de la carnicería moderna.

Durante la guerra en la Gran Bretaña, eran dos guerras que se hacían simultáneamente: guerra a los prusianos y guerra al intestino grueso de los prusianos (y de los irlandeses).

El número de los operados alcanzó cifras considerables y el número de los muertos cifras fabulosas.

Sir Alburnot Lane que se hallaba al frente de la ofensiva dió muestras de un valor napoleónico y una sangre fría a prueba de calefacción: él solo, extrajo, aproximadamente, unos 70 kilómetros de tripa gorda con lo cual se podía tender un cable telegráfico desde esta bendita ciudad de Santa María de los Buenos Aires hasta la piadosa Colonia del Sacramento que está enclavada del otro lado del charco, en la gran República Oriental del Uruguay, también denominada, en atención a que en sus buenos tiempos hubo allí una concentración de bandoleros, "Banda Oriental".

De paso por Inglaterra el doctor X, hermano del doctor XX, que nada tienen de común ambos con los cigarrillos XXX, estuvo siete meses en contacto con sir Alburnot Lane, después de los cuales, se embarcó con destino a esta capital, entusiasmado y sonriente, con el propósito manifiesto en la mirada de suprimirnos totalmente el colon, manantial de tantas impurezas y sinsabores.

Lo primero que hizo al pisar tierra argentina fué publicar una proclama en favor de la colectomía, invitando a los ciudadanos estreñidos y dispépticos a que pasaran por su sala de operaciones donde él los atendería gratuitamente. Diré, en honor a la verdad, que muy pocos le llevaron el apunte: este pueblo parece estar todavía sumamente orgulloso de su intestino grueso para sacrificarlo así porque sí en aras de la ciencia o de la higiene. Ningún pueblo ama tanto la gastronomía y sus caños específicos, sus tanques y sus calderas como el nuestro y si por algo nos conocen y nos halagan en Europa, es, precisamente, porque le enviamos a precios irrisorios los productos de nuestra cultura: caballos, vacas, cerdos, lanas, cueros, trigo y choclos.

El Doctor X no se dió por vencido e inició sobre tablas una jira de conferencias por toda la república.

Publicó un folleto, después otro, en seguida otro, al que siguió otro más, total: cuatro folletos de 40 folios con los cuales formó un volumen de 300 páginas, tipo Haeckel, que me sirvió de cuestionario para imaginar la novela que después no escribí por falta absoluta de tiempo. (Yo, de día no hago nada y de noche no trabajo, porque el trabajo nocturno perjudica la salud).

Con dicho volumen debajo el brazo, el Doctor X iba de Ceca en Meca, cejijunto, hamletizado, absorto por una idea fija: cortarnos el colon. Al llegar a Corrientes lo hizo traducir al guaraní, en Misiones al pilaga, en el Norte al guaycurú y al quichúa y en el Sur, al ona, al cafre, al zaguaypé y a casi todos los idiomas indígenas que prevalecen en este vasto territorio donde sólo por formulismo estúpido hablamos el castellano.

Al Doctor X le atacó el delirium tremens de la colectomía cuando llegó a la ciudad del Rosario, punto final de su jira. Allí pudo convencer a su hermano el Doctor XX y a un médico alemán consejero de la vejiga de la emperatriz difunta, especialista en enfermedades venéreas y confidente secreto de toda la corte prusiana. Más tarde convenció a dos cirujanos de la capital y a media docena de doctorzuelos de esos que paren todos los años las universidades a plazo fijo; dió conferencias en los anfiteatros de las facultades con proyecciones luminosas, enseñó un "anima vili" destripada y un "anima nobili" sin destripar y escribió sendos artículos a puro clisé en la "Semana Médica", cuya redacción está constituida por la crema del seminario médico nacional.

Ante el avance incontenible de las teorías disolventes del Doctor X, la tripa gorda argentina, temblaba, presa de un pánico justificable.

El Doctor X, reía satánicamente con el chafarote en la mano: había sonado la hora...

De los siete que operó en la primer remesa se murieron, justamente, siete: sólo se salvó el apuntador de las observaciones clínicas. En cambio, uno de los cirujanos ilustres, el más hábil, obtuvo

en la metrópoli un éxito sorprendente, único en su género: de cuatro operados, murieron ocho personas: la madre y el padre del primero que no pudieron resistir la defunción de su hijo, el hijo del segundo y la señora del tercero por la misma causa; el cuarto fué el más afortunado porque murió solo.

El Doctor X atribuía las defunciones a causas ajenas a la ciencia: la ciencia no se equivoca nunca. Todos sus errores se los achacaba a la naturaleza: al clima, a la temperatura, a la proximidad de los pantanos, a la ausencia de árboles, a los mosquitos o a las cucarachas; había que buscar el origen y la culpa de sus fracasos en la teoría del determinismo que sostiene la irresponsabilidad del individuo y la responsabilidad de la naturaleza. Debíamos convencernos una vez por todas que el individuo no es responsable de nada; la responsabilidad había que buscarla en Dios si es que Dios vivía y si Dios no vivía, era menester buscarla en otra parte...

Sostuvo polémicas públicas y privadas; discutía con cualquiera: una vez llegó a empeñarse en una discusión sobre el "similias similabus curantur" con un agente del escuadrón de seguridad.

Como está escrito que quien persevere hasta el fin, triunfará, el Doctor X, perseveró.

Su hermano, el Doctor XX, hombre de principios severos, con dos automóviles en la puerta, cinco aparatos telefónicos, cuatro sanatorios y 7 lacayos, obtuvo la primer victoria que vino a borrar en parte la mala impresión que había producido el Doctor X que no tenía principios severos, ni automóviles, ni sanatorios, ni usaba lentes y hablaba sin teléfono y caminaba a patacón por cuadra. De 107 colectomizados por el Doctor XX quedaron con vida 63 que ya es decir: el resto bajó a la tumba con la barriga limpia. Entre los casos felices podía incluirse o por lo menos el Doctor XX lo incluía, a mi hermana Elisa, operada, como digo, en junio de 1920.

Después de estas consideraciones preliminares cerré el primer capítulo de mi novela que más tarde no escribí por las razones obvias ya indicadas, pero la cerré con una duda:

¿Sería mi novela psicológica o fisiológica? ¿O sería psicofisiológica? ¿O pedagógica? ¿O terapéutica?

Después de la operación constaté que Elisa había mudado de espíritu. La supresión de un órgano fundamental y considerable como es el colon — un metro setenta centímetros de intestino — produce un desequilibrio bioquímico de funestas consecuencias en el orden psíquico.

Elisa fué operada con toda felicidad por los Doctores XXX y el alemán, confidente misterioso de los gonococos imperiales en la antigua corte prusiana. La operación duró dos horas y se efectuó bajo anestesia general de cloroformo que es el veneno que emplean los apaches, por lo menos, en el cinematógrafo. Es una operación bárbara y sangrienta, quizás la más atrevida y la más eslovaca de todas las operaciones. Se le abre al paciente la barriga en canaleta con una incisión vertical de 40 centímetros y se le corta cerca de dos metros de intestino grueso desde la embocadura del ciego hasta la desembocadura del recto, lugar donde se los une mediante una sutura de catgut a través de un caño de goma. Después de soldar los dos extremos, se vuelve a cerrar el abdomen y se cose la incisión. Finalmente, se satisface el apetito voraz del enfermo con un menú de suero fisiológico — agua y sal — durante cinco días.

Los operados despiertan recién a la 24 horas, algunos a las 48, otros no despiertan más y siguen durmiendo por los siglos de los siglos, amén. Sucede que algunos mueren intoxicados por el cloroformo y sucede también que otros reaccionan violentamente hasta el cuarto o quinto día, después del cual mueren sin saberse por qué. La ciencia del Doctor X que era grande y la ciencia del Doctor XX que era inmensa, permanecían, aquí, mudas y paralíticas. El alemán en presencia de estos fenómenos esporádi-

cos, para disimular su ignorancia, se rascaba la cabeza o se ponía a cazar moscas.

Otros, sufren complicaciones serias que lesionan el peritoneo y vuelven a ser operados nuevamente. El que logra escapar la primera vez, no escapa, por cierto, la segunda que casi siempre es decisiva.

Sin embargo, se dió el caso de una señora a quien abrieron seis veces la barriga en canaleta. A la sexta vez, dicha señora, aconsejada quizás por su poderoso instinto de economía doméstica, le rogó al Doctor XX, que en vez de coserle la barriga, le hiciera una cadena de ojales y paralelamente le colocara una cadena de botones, cosa que se pudiese desabrochar el abdomen, a fin de simplificar la tarea en caso que se la tuviera que operar por séptima vez. El Doctor XX se caló los lentes y consultó al Doctor X, éste al alemán y el alemán unos textos en francés que habían sido traducidos del inglés, cuyo original en castellano provenía del árabe, y, los tres juntos, resolvieron presentar el caso a un congreso científico que no le dió curso.

Algunos colectomizados fallecen al mes o al mes y medio, y, pocos, muy pocos, sobreviven: existen 80 probabilidades de morir contra 20 de seguir viviendo y entre los 20 agraciados hay que distribuir las muletas, los carritos, las espalderas, el soporte hipogástrico y los suspensores.

Mi hermana Elisa, es cierto, nació mal y hasta los tres años sufrió una serie de empachos de los cuales salvó milagrosamente. Hija como yo de un honrado alcoholista y de una honestísima sirvienta, Elisa se conservó delicada y frágil hasta los 10 años. Era la pobre tan desmedrada y canija que mi padre le puso de sobrenombre "La Cucaracha". Mi padre la hizo así y mi padre la bautizó; esto es, mi padre hizo una obra defectuosa y se burló todavía con un adjetivo indecoroso. Ocurre, a veces, que un padre engendra un hijo jorobado, y le llama, más tarde, despectivamente, "escuerzo". Y en esto no hay ecuanimidad, no hay naturalismo...

A mí no se me escapará esta adjetivación anacrónica, porque estoy bien empapado en eso de la antropología y de la paleontología, de la herencia y de la adquisición, del atavismo y del tropismo...

De los 10 a los 15 años, Elisa, a pesar de todo, reaccionó, y su esqueleto principió una reconstrucción magnífica, se tiñó su piel de rosa y de amapola, aumentó de peso y de estatura. No obstante, de tarde en tarde, le aparecían en los senos unas manchas rojas (Medoc) y en el cuello unas frutillas moradas (La Superiora, 0.30 el litro).

—Es el vino que tomó tu padre que resucita — le decía yo poniendo cara de químico bacteriólogo. — El padre se embriaga y los hijos nacen con las reminiscencias del mareo alcohólico, la madre trabaja como un camello y los hijos nacen reventados o con protuberancias en la espina dorsal.

Le examinaba las manchas y volvía nuevamente a poner cara de químico bacteriólogo, esta vez, inspector de zonas vinícolas.

—Hay borracheras históricas que duran tres o cuatro generaciones — proseguía. — Créeme, Elisa, la grapa que fabrican en el Gran Chaco y la caña del Paraguay que toman en Montevideo, quema los hígados y las tripas a los hijos de los hijos de los hijos de quienes se sirven por primera vez de ellas. Y el vino de Mendoza que se ingiere hoy recién podrán expulsarlo a fines del siglo XXIII, después de la revolución social. Los viñateros escriben su historia negra sobre las mismas tripas de la pobre humanidad.

A pesar de estos ligeros contratiempos, Elisa floreció como una planta de invernáculo, siempre delicada, frágil, vaporosa. Sus rasgos finos y voluptuosos, su cabellera renegrida y frondosa, el perfume de sus 15 años, su dentadura completa, menuda y blanca, le daban el aspecto de un rosal enano trasplantado de otros climas. Llegó a ser esbelta, singular y apetitosa a los 17 años, época memorable en que una legión de enamorados le tendió un cerco de tarjetas postales, cartas en verso y en prosa, entradas de cine (última fila), anillos y ca-

ramelos. A la mujer y a los niños se los engatuza fácilmente con caramelos, sino con un papagallo, sino haciendo sonar la corneta de un automóvil. Este instrumento mecánico, aparentemente innocuo, tiene una repercusión inmediata en el corazón de una mujer y la presencia de un papagallo como presente griego, ablanda los sentimientos más empedernidos.

Elisa seleccionó a sus pretendientes uno por uno y los despidió a todos, lo cual habló muy en favor de su independencia y de su excelente gusto, pues todos querían casarse por la iglesia y por el registro civil como ocurría en el siglo pasado y ya se sabe cuál es el ideario musulmán del hombre que se casa civil o religiosamente. Hubo un poeta que le dedicó un libro de versos, malísimos algunos, otros más malos, y todos desde el punto de vista artístico, fusilables, que gracias a mi rápida intervención, ella no leyó. Un músico, más tarde, le dedicó un tango célebre, titulado: "Percanta que me amuraste" que le valió, a dios gracias, una expulsión inmediata. Finalmente, un novelista perteneciente a la escuela de los papanatas, discípulo mimado de César Carrizo, prometió suicidarse pero no se suicidó. Acreditemos que desde Werther a Vargas Vila la luna de los suicidios amorosos descendió de cuarto en cuarto al cuarto menguante que es el último cuarto.

Hasta los 20 años, Elisa no sufrió más nada, conservándose soltera. En seguida empezó a padecer del estómago. Examinada por un especialista de la barriga, éste dijo que tenía la matriz torcida y le aseguró que si algún día llegaba a quedar encinta — legal o ilegalmente — moriría en el parto. Parece ser, que, en estas cuestiones de la medicina, la libreta de casamiento no tiene ninguna influencia.

La opinión autorizada del especialista cambió radicalmente el concepto y la conducta de Elisa con respecto a los hombres. Desde entonces dejó de tener novios, aunque no dejó de emperijilarse ni de mirarse al espejo. Un pesimismo escandinavo envenenó el contenido de su optimismo charrúa: pronto, se convirtió en una especie de Arturo Schopenhauer del sexo femenino.

El especialista atribuyó el estreñimiento de Elisa a la desviación de la matriz y la desviación de la matriz al estreñimiento, las manchas de vino a la herencia alcohólica y la herencia alcohólica a las leyes inmutables que rigen la patología antropológica, y, le cobró, finalmente, 25 pesos.

Elisa quedó conforme. Le habían dicho que tenía la matriz torcida y como no se la podía ver, no le quedaba más remedio que creer lo que le decían. A mí mismo, no me cupo la menor duda de que, en efecto, había una desviación en la incubadora.

Empezó a cuidarse sistemáticamente; introdujo el método en la alimentación, en la masticación y en la deglución, vale decir: el naturalismo...

Ciertos vocablos científicos a los que antes llamaba "términos de ricos" o "hablar en difícil", ahora le eran completamente familiares. Hasta se puede decir que adquirió un vocabulario técnico. Hablaba de nefritis, gastritis, jingivitis y estomatitis con una soltura pasmosa. Se hizo bachillera, discutidora y latinajuda con "a priori" y "a posteriori" y "amicus Plato, amicus veritas" y "veritas veritatum et omnia veritas".

Se pasaba, no obstante, 6 y 7 días sin profanar el w. c. En esta época conoció al Doctor X que la sometió a un régimen depurativo de purgantes, laxantes y enemas con tanino. El Doctor X, por entonces, se hallaba en las inmediaciones de la colectomía, pero se complacía solamente con desagotar el intestino grueso. En este sentido realizó con el irrigador verdaderos salvatajes...

Le prestó un folleto que versaba sobre una ciencia de origen griego, casi desconocida en nuestra república: la escatología. Allí se demostraba gráficamente con gran lujo de detalles y con un lenguaje crudísimo y grosero la necesidad de evacuar el vientre todos los días a la misma hora y en proporciones idénticas. Todo quedaba en el folleto reducido a fórmulas precisas y matemáticas. A tal hora había que evacuar el vientre, la

fecha era improrrogable, había que hacerlo a tal hora, cronológicamente, un minuto más y hete que empezaba la fermentación, otro minuto más y hete que empezaba el envenenamiento. Era menester munirse de un reloj de precisión y de una balanza exactísima, a ser posible, registrada por la inspección de pesas y medidas.

Elisa se aprendió el folleto de memoria y dictaba luego cátedra entre sus amigas incultas, llegando a ser en poco tiempo, doctora en purgas y lavativas. En la casa de departamentos que habitábamos fué el terror de los niños que le tienen, como es sabido, un miedo espantoso a los irrigadores. Fuese quien fuese le recomendaba lo mismo, repitiendo siempre las mismas fórmulas invariables del Doctor X, con reloj y con balanza.

¿Le dolía a usted el riñón, el pulmón, el epiploon?

"Purga".

¿Estaba usted triste, melancólico, gemebundo?

"Purga".

¿Le dolían a usted las muelas?

"Purga que te crió".

Si la sal inglesa fracasaba, Elisa echaba mano en seguida a la jeringa como un recurso de habeas corpus; si esto no surtía efecto, sometía al paciente a una dieta rigurosa; si a pesar de todo las cosas quedaban como antes, recurría a la gimnasia sueca, con lo cual envió a varios gimnastas al hospital Tornú que es el establecimiento que está más próximo a la Chacarita y el que menos déficit le produce al Estado por su brillante posición estratégica.

Elisa por su parte, no predicaba en vano, sino que realizaba cuanto decía por boca del Doctor X que la había catequizado.

A los 27 años tenía el estómago arruinado: un olor fuerte a sal inglesa y píldoras alófenas se desprendía de su aliento, su piel rosada se barnizó de té Gartfield y Psillium Langlebert, había en sus ojos apagados y dulces un poco de limonada Rogé y en sus miradas lánguidas y diluídas, mucho aceite cástor con achicoria; todo en ella trascendía a gelatina, vaselina, parafina y amerol.

No bien terminaba de comer que ya ingería una dosis de bicarbonato de soda o un pocillo de cepacaballo. El sistema de droguería a que insensiblemente había llegado le ocupaba todo el día. No tenía otra preocupación que cumplir al pie de la letra las premisas del folleto, cuya interpretación, conviene decirlo, respondía más bien al criterio de la Reforma.

Tenía un horario para cada cosa. A las 7: agua mineral, (agua bendita por la ciencia, santificada por varios doctores eminentísimos, con medallas de oro y diplomas de reyes no destronados); a las 8, paños fríos en la barriga; a las 9, buches y gárgaras; a las 10, (momento solemne) una lavativa; a las 11, otra lavativa para expulsar la primera; a las 12, cuáquer, ciruelas, cacahuetes; de tarde: bicarbonato de soda, píldoras, emplastos, gimnasia, masajes, saltos a la cuerda, paralelas, bailes rusos; alternaba magistralmente los ejercicios con la farmacopea.

Se hizo más tarde vegetariana y cambió de sistema; es decir, cambió la biblia del Doctor X por la biblia del profesor Kuhne.

La menstruación se cumplía cada vez con mayor irregularidad y ahora era acompañada por flujos copiosos que le hacían bailar danzas clásicas durante todo el período catamenial. La sequedad de vientre llegó a ser espantosa: el intestino se negó rotundamente a seguir trabajando pese a la dictadura combinada del Doctor X y del profesor Kuhne; decretaba paros generales de 24 horas sin tener en cuenta los días feriados. A simple vista, se notaba la presencia de una poderosa organización sindical de los excrementos, que respondía, tal vez, a los principios rígidos de una carta orgánica inexorable.

Elisa se desperaba, se debatía, gritaba, zapateaba, hacía cabriolas. Su estómago ya no resistía ninguna clase de alimentos.

La joven de 30 años, se moría.

Mentalmente, la vi en el cajón, estira-

da y pálida, con un retrato del Doctor X crucificado en la cabecera y un texto del profesor Kuhne en el pecho y cerré de una plumada el segundo capítulo de la novela que venía imaginando.

Ya no me cupía la menor duda respecto a mi labor literaria: mi novela sería incuestionablemente fisiológica, terapéutica, vegetariana...

El Doctor X que se había ausentado del país apareció en el horizonte con la buena nueva de sir Alburnot Lane, y salvó a mi hermana Elisa, a quien en el capítulo anterior daba yo por muerta y enterrada... gratuitamente.

Tenía la joven de 30 años una ptosis visceral increíble: ya no era solamente la matriz torcida; todo en el interior del tronco se había torcido, desgarrado, caído; nada de lo tanto que Dios le había puesto en el cuerpo se hallaba en su sitio. Una serie de radiografías demostraron la presencia de un proceso ulceroso en uno de los múltiples recodos del intestino; luego, un riñón flotante, los hígados a flor de agua y el corazón boyando: todo un panorama acuático de la nueva tendencia submarina.

Elisa caminaba en cuclillas, se arrastraba a gatas, aullaba y daba gritos desesperados como si la hubiera picado una serpiente puntana. Mi familia no tenía un momento de paz, un minuto de alegría. A las manifestaciones ruidosas de Elisa se adherían espontáneamente todos los bichos de la casa; el loro, el gato, la perra, el perro y tres canarios jauleros y redobladores.

Sin embargo, la energía imponderable de su sistema nervioso y la excelente calidad de sus tejidos no la abandonaron en ningún momento; no se le picaron los dientes ni se le hincharon los párpados, pero encaneció como una nube negra bañada inesperadamente por la picardía de un rayo de sol traicionero.

Elisa que no reparaba en medios como los jesuitas le devolvió en seguida la negrura primitiva a su frondosa cabellera con una composición a base de nitrato de plata.

El Doctor X la internó en un sanatorio del Rosario donde fué sometida a un tratamiento de rigurosa terapéutica. Todo lo que se ensayó dió resultados negativos; la terapéutica fracasó ruidosamente como la conferencia de Génova.

Se reunieron los tres ases del sanatorio y después de consultar a Testut, a Koch, a Charcot, a Carrell, a Metchnikoff y a sir Alburnot Lane, resolvieron hacerle una colectomía.

Elisa se sometió a la operación con verdadera complacencia, con una intrepidez de niño que ve caer del tejado una teja y sonríe, sonríe, hasta que la teja le pega en la cabeza y se la rompe.

Se había leído los últimos trabajos del Doctor X publicados en la "Revue de Chirurgie" y estaba plenamente convencida del papel desgraciado que desempeñaba el colon. Antes de ser operada reía como una chiquilla. El Doctor X que tenía un humor negro le hacía algunos chistes post-operatorios, literariamente fúnebres.

Yo me sentí contagiado de esta alegría criminal y le insinué al respecto, que, dada la disparidad de opiniones entre los encargados de operarla, era sumamente difícil que en el momento decisivo, llegaran a un acuerdo. Durante la operación presentía una polémica científica entre los cirujanos que terminaría en una riña gallinácea. La pelea ocurriría en la siguiente forma: el Doctor XX extraería la punta del intestino y con él en la mano se pondría a discutir con su hermano o con el alemán.

Cambiarían palabras fuertes como "laparotomía", "gastroenterotomía", se desafiarían a la calle y XX, vaya a saber si por costumbre o por incuria o por cualquier otra cosa secundaria, se pondría los chinchulines en el bolsillo del guardapolvos.

Elisa reía como una mejicana.

Al coserla, más tarde, se cometería una omisión gravísima: se olvidaría algún objeto de bulto en su estómago.

El Doctor X refirió el caso de un cirujano miope que se olvidó una algodonera en el vientre de un músico que tocaba el trombón; otro se olvidó una toalla, otro se olvidó el saco. (Este último era andaluz).

Cuando la condujeron a la sala de operaciones (morgue) completamente anestesiada, eran las 11; después de una carnicería soberbia la volvieron a depositar en el lecho profundamente dormida a la 1 de la tarde, inmóvil y blanca como una estatua caída desde el cielo a las profundidades de un abismo tenebroso.

Había en su rostro una resignación evangélica, un optimismo de cordero que sonríe bajo la cuchilla brillante del desollador.

Yo no asistí a la operación porque mi estado de ánimo no me lo permitía; me encerré en un escritorio inmediato, me repanchigué en una butaca y con la cabeza entre las manos me hundí en un mar de conjeturas negras.

En el patio, tres o cuatro enfermos derrengados, tosían y esgarraban. A través de las persianas, fulgían las plantas que adornaban los corredores formando un ligero contraste con el ambiente y luchando estérilmente por sustraer de la atmósfera ese olor fuerte y desagradable a pegapega y formol que envenena el aire de los hospitales. De rato en rato, sentía terribles escalofríos; inmediatamente un calor sofocante que me asfixiaba. Sin la más leve transición escénica, noté que pasaba del Ecuador al Polo y viceversa.

Unos chuchos esporádicos me hacían dar diente con muela. De repente, me quedaba rígido, aletargado, en un estado autumnal de innegable marmotismo. La mano férrea de Dolstoyewsky me comprimía la carótida.

"En este momento — pensaba — le han pegado el tajo vertical a través del abdomen... Laparotomía... Ya tiene la barriga abierta en canaleta"...

Localizaba la incisión en mi propio vientre y sin querer me retorcía de angustia, de verdadero dolor... Veía a mi hermana destripada, inerme, enseñando una cadena de intestinos fláccidos y ulcerados...

—"La están despanzurrando — proseguía pensando. — Ahora le quieren cortar el asa sigmoidea con las tijeras... El Doctor X aprisionó un extremo y tira...: tira... tira... El alemán lo ayuda... Se han prendido los tres"...

Sentí unas voces ahogadas y ruido de instrumentos cortantes; pasaron rápidamente dos enfermeros con vasijas y papagallos, ambos disfrazados de blanco...

Cada vez que se abría la puerta de "la morgue" se oía el clamoreo de una discusión gregaria.

—"Ahora están discutiendo — confirba yo. — Todavía se cumplirá mi pronóstico: los hermanos XXX se desafiarán a la calle"...

Se hizo un silencio profundo.

—"Si se muere — volvía a pensar yo — la vieja que tiene 60 años no podrá resistir el golpe y se irá atrás de ella, atrás de la vieja, el viejo y atrás del viejo Magdalena que está sujeta a convulsiones epilépticas, tipo de mujer fronteriza, se irá al manicomio. He aquí cómo se destruye una familia científicamente".

Se me ocurrieron varias ideas. Si fracasaba la colectomía pensaba escribir una novela contra la cirujía, presentando a los hermanos XXX como dos criminales natos y al alemán como un ejemplar braquicéfalo, perteneciente a la familia lombrosiana.

Me vengaría: ojo por ojo, diente por diente; el que siembra papas, recoge papas (para el gobierno).

Empecé a llenarme de aflicción, no obstante. Me prohibieron verla inmediatamente después de la operación y esto aumentó mi zozobra. Pasé una noche terrible, angustiosa, agitada, llena de pesadillas de gran guignol. El alma de Shakespeare se me atravesó como una viga en el cerebro. A la mañana siguiente estaba en condiciones de ponerme a escribir una tragedia en tres actos, un epílogo y un incendio. Sin embargo no quería salir de los límites de mi naturalismo literario y me esforzaba por evitar el llanto; fórmula indispensable del

romanticismo, receta culinaria de los papanatas.

Un novelista naturalista no llora así porque sí por dar gusto a la viscosidad perenne de las glándulas lacrimarias. Si yo menosprecio a los románticos es, precisamente, porque están siempre llorando, en verso y en prosa.

La literatura de Zorrilla y Camprodón se podía recomendar como un sinapismo contra la alegría. A veces, pensando en la aflicción crónica de sus personajes, me pregunto: ¿por qué lloran continuamente estos grandísimos cocodrilos? ¿Es que se viene al mundo para llorar y ensuciar pañuelos? ¿Acaso no hay más nada que hacer aquí que poner semblante de mono y gemir y jipar y muequear por cosas que a lo mejor nos debían producir alegría?

Me sequé una lágrima y me puse a protestar mentalmente contra el yacaré del romanticismo que se me estaba introduciendo en el corazón. Lamartine me anudaba la garganta, Alfredo de Musset me contraía al diafragma, Michelet — el entusiasmo en mangas de camisa — me crispaba las conjuntivas: se estaba operando dentro de mi armadura ósea, un desdoblamiento literario.

Noté que yo dejaba de ser yo: puse cara de Carolina Invernizzo o Ponson du Terrail... No recuerdo bien.

Zola me había abandonado. Desde el fondo del pozo donde había caído me encaré con mis antagonistas: los románticos:

—"¿Por qué lloráis a lágrima viva, mojigatos? — exclamé. — ¿Qué os han hecho, Dios mío, qué os han hecho?"

Para probarme a mí mismo por centésima vez que todo en la escuela del romanticismo era materia de llanto y desesperación sistemática me hice esta sinopsis.

Veamos.

¿Que la madre, por ejemplo, — una vieja amorfa y petrificada — se moría? Pues, todo el clan en vez de festejar el suceso, se ponía a llorar desconsoladamente.

¿Que el padre—un borracho consuetudinario: carrerista, barajista, quinielero — seguía el mismo rumbo inteligente de la madre? Vuelta a repetir la misma escena: segunda edición de lágrimas.

¿Que la hija — una criatura dotada de singular belleza plástica — era seducida por un jayán de espléndida musculatura? Toda la familia — primos, tíos, cuñados y concuñados — abrían las cataratas de Jeremías.

¿Que tenía un hijo precioso a resultas de la seducción? Duelo general, defunción del seductor, cárcel para el hermano más zonzo.

No, no, la novela naturalista no tenía la misión de continuar el ejemplo bochornoso de Verlaine y de Rubén Darío.

Si Elisa se moría yo debía tomar la muerte naturalmente como es: la muerte es la terminación de la vida. El hombre nace para morir y muere porque ha nacido. Ya lo dijo el poeta y se lo plagió el almacenero: "todo bicho que camina va a parar al asador".

Estas reflexiones me tranquilizaron el espíritu, pero lo mismo no podía dormir. A veces, sucede que duermen mejor aquellos sujetos que no tienen como yo tenía el espíritu tranquilo. Los criminales duermen como santos y los santos, por el contrario, duermen como criminales. Napoleón Bonaparte dormía como un bendito, en cambio, San Antonio dormía como Benvenuto Cellini o como debía haber dormido el héroe de Austerlitz si hubiese sospechado lo que iban a opinar de él los más esclarecidos criminalistas de nuestro siglo.

Es un error craso creer que los justos duermen bien y los injustos, mal; si esto ocurriese no podría dormir nadie, estaríamos siempre levantados, siempre despiertos.

Aquella noche no pude coger el sueño: me revolvía en el lecho como Santa Teresa de Jesús al pie del crucificado. Daba vueltas y más vueltas, pataleaba, nadaba, remaba, corría regatas, arrojaba el disco, jugaba al basebal y me entregaba frenéticamente a todos los deportes sin conocer ninguno.

Por fin, a la 1 de la tarde me dormí en circunstancias en que llegaba el Doctor XX y me despertó.

—¿Cómo sigue Elisa? — le pregunté inmediatamente.

—Bien — contestó el Doctor XX, demudado, amarillo, cadavérico — muy bien, perfectamente bien: me apunté un poroto.

En cuanto se retiró el Doctor XX, apareció su hermano, sonriente, satisfecho, entusiasmado, frotándose las manos y mascando palo dulce.

—Sigue mal — confesó — muy mal, creo que no vivirá mucho tiempo: mi hermano se apuntó otra defunción.

Con una serie de ademanes fúnebres trazó cuatro letras negras en el aire: Q .E. P. D. Luego pronunció un discurso desastroso con el saludable propósito de prepararme el ánimo para que afrontase con serenidad los santos sacramentos que iba a recibir mi hermana. La muerte para el Doctor X no era una cosa del otro mundo: era algo antiquísimo, más viejo que andar a pie. Desde que el mundo era mundo los hombres se morían, tarde o temprano, siempre, claro está, más bien temprano que tarde por razones de economía maltusiana. La naturaleza estaba dispuesta así y no era cosa de ponerse a enmendarle la plana a la naturaleza.

—Creo que tú no abrigarás semejante pretensión — me conminó.

—Yo, no; pero...

—No hay peros... y si hay peros, ¿qué pero?

—Si se muere ella...

—¿Qué sucederá si se muere? Veamos...

—Pues, si se muere Elisa vendrá la disolución de la familia o por lo menos, sufrirá una merma considerable. Esta conclusión lógica me la he probado a mí mismo científicamente con una argumentación incontrovertible. No hay escapatoria posible: atrás de ella se irá la vieja, atrás de la vieja, el viejo, y atrás del viejo, Magdalena... Yo, si acaso, me reservaré para el final, esto es, para el último acto...

—Eso no es nada si no es nada más que eso.

—En realidad, no es todo, hay algo más todavía; — contesté yo con voz temblorosa, visiblemente emocionado — hay una serie de bichos domésticos cuya desaparición es inminente si desaparece mi familia que los alimenta: el perro, la perra, el gato, el loro, tres canarios jauleros... En esta colectomía, tu hermano batirá el record de las defunciones.

—¿Qué piensas hacer si se muere?

—Ya lo verás... — repliqué encendido de ira — ya lo verás... ¡escribiré una novela por entregas hasta que mi cólera quede satisfecha! Sí, sí, ¡una novela! ¡una novela!

—Yo creía...

—¿Tú creías que Mario Yunta iba a permanecer con los brazos cruzados? — le interrumpí. — Estás fresco tú y tu hermano XX, y el alemán blenorragicida y Metchnikoff y sir Alburnot Lane, tu divino maestro... ¡Me vengaré!

Mi musa estaba, en efecto, preñada de venganza: yo le veía un puñal entre los dientes; la proporción de mi odio necesitaba por la parte baja, 250 páginas, medida 24, cuerpo 6...

A las 3 de la tarde Elisa no había despertado aún; a las 4 tuvo unas arcadas violentísimas: daba la impresión falsa que iba a expulsar las tripas que ya no tenía. Interiormente se retorcía, jadeaba, crujía; exteriormente permanecía inmóvil: un fenómeno que me quedó grabado en la memoria sin podérmelo explicar.

A las 6, Elisa abrió los ojos y sonrió; me cogió la mano, la estrechó con fuerza y murmuró:

—Mario: ya me operaron... ¡qué alegría!...

Quiso volver a sonreir, mas no pudo.

—Le harás... un telegrama... a la vieja... — añadió con bastante dificultad. — Dile... dile... ¡que me salvé!...

No volvió a comunicarse con nadie hasta el otro día. Las arcadas se repetían siempre con idéntica violencia y con intervalos de diez minutos, arrojando en la espiración oleadas de cloroformo. Elisa, entonces, sumida en las tinieblas del instinto, ni dormida ni despierta, ni muerta ni viva, manoteaba y tartajeaba:

—Mario... Mario... Me muero... Me mueeeero...

Durmió a fuerza de aspirinas y beronal y no despertó definitivamente hasta el tercer día.

Yo telegrafié a mi familia comunicándole el éxito del fracaso de la operación. Era esta una mentira solemne, pero como no era la primera, le restó bastante solemnidad.

Al principio uno se ruboriza cuando miente por falta de experiencia, después se invierten los papeles y se ruborizan los otros escuchando nuestras mentiras.

Lo primero que pierde el hombre no es la virginidad, sino el prejuicio católico de no mentir, después pierde la vergüenza... Si a la edad de Martínez Zuviría, pongamos por caso, se pierde el pudor, a la edad de Lugones se hace uno reaccionario y a la edad de Ingenieros ya no queda más nada que perder: se ha perdido todo menos el consultorio.

Al cuarto día o al quinto, no recuerdo bien, tuve que bajar a Buenos Aires para atender una revista semanal de arte, ciencia, sociología, criminología, psiquiatría y esperanto. El Doctor X me acompañó. Confieso que me porté como un salvaje; estuve sombrío e impenetrable durante todo el trayecto: mi espíritu parecía estar blindado con tapias impermeables, amurallado: allí no entraba nadie.

No escuchaba nada, ni oía nada, ni quería saber nada, ni quería enseñar nada. El silbido agudo y contumaz de la locomotora me taladraba los oídos y tuve la percepción clara, clarísima, que el tren podía marchar lo mismo sin tanto pito. Mi irritación progresiva se hacía por momentos intolerable: mi rostro se desfiguraba en una máscara pendenciera de mosquetero amostazado; aunque no inspiraba la menor confianza, el Doctor X me animaba con dulzura y me interrogaba. A todas sus preguntas respondía yo con muecas y signos misteriosos haciendo siempre una mímica desastrosa.

Ibamos en un espléndido coche de tercera; desportillado, sucio, maloliente y fétido, abarrotado de gente plebeya, más plebeya que nosotros, gente que no se lava en invierno porque hace frío y en verano porque hace calor; en verano por temor a coger un pasmo y en invierno por temor a coger una "cangrena".

Un olor fuerte y denso a medias sucias, a catinga rancia y a zapatos viejos impregnaba la atmósfera.

Era aquello un retrete rodante de la peor enjundia: se me antojaba en una metáfora circunstancial que las ruedas iban moliendo estiércol.

No había un solo rostro que me fuese simpático, ni se realizaba allí un solo acto que mereciese mi aprobación. Todo me resultaba soberanamente necio, inocuo, redundante. Si hablaban porque hablaban y si no hablaban porque no hablaban, lo mismo caían bajo la guillotina de mi irritación.

Los guardas exigiendo a cada estación la presentación del boleto me produjeron una impresión desagradable: con la misma clarividencia del pito, pensé que se podía viajar sin boleto.

Cualquier cosa me disgustaba.

Alcé la vista y tropecé con un letrero que decía: "TENGA CUIDADO QUE EN ESTE COCHE VIAJAN SIEMPRE LADRONES".

Esta indecencia prescripta por una empresa ferroviaria, cuya honestidad dejaba mucho que desear, me obsesionó. En los coches de primera no había esta advertencia. Por lo demás, el letrero no le robaba el apetito ni la tranquilidad a nadie más que a mí; los otros seguían serenamente hacinados, bajo una temperatura abrasadora, fumando y escupiendo, comiendo y vomitando y volviendo a comer para vomitar nuevamente.

El Doctor X sudaba de calor y de indignación. Se deslizó furtivamente en un vagón de primera y lo encontró totalmente desocupado: sólo halló una magnífica valija y una caja de sombreros. Volvió a su coche demudado, donde había un hormiguero de personas que decían ser semejantes mías.

—En el otro vagón — me confesó — no hay anuncios que prevengan contra la rapacidad de los ladrones...

—Yo creo que este letrero está aquí por un error de la gerencia: — dije yo, dándome por muy enterado — se lo debieron colgar en el cuello al jefe.

—El jefe, fué, precisamente, quien lo hizo clavar aquí. Yo no sé bien: digo no más por decir...

—Si realmente fué el jefe — añadí — yo me permito sospechar, entonces, que no sabe nada de antropología criminal: Lombroso ha demostrado que los ladrones viajan siempre de primera... por razones de oficio. Se ve que ese señor desconoce en absoluto la frenología y la teoría del ladrón nato...

El Doctor X volvió a penetrar en el coche de primera, cogió la valija y la caja de sombreros, y, suavemente, dulcemente, magistralmente las dejó caer por la ventanilla.

Al llegar a Buenos Aires no pude contener mi emoción y lloré por muerta a mi hermana, lloré como un novelista romántico no como un novelista naturalista; analicé mis lágrimas sobre el pañuelo y eran gruesas y amargas, tamaño Jorge Sand, formato Jeremías...

Fué esta una transgresión indigna que me reproché durante mucho tiempo.

Debo confesar que me sentía cómplice del asesinato científico, cuya primer víctima sería mi hermana. Mal o bien, Elisa, hubiera vivido 20 años, ahora no viviría ni mal ni bien 20 días, porque se moriría.

Estaba seguro, segurísimo: me lo había dicho un pajarito que rozó la ventanilla del vagón...

He aquí mi conclusión en términos naturalistas: Elisa reventaría.

Me repuse y logré entrar en mi casa alegre y sonriente, silbando un pasaje jocundo de *"El Barbero de Sevilla"*.

"De esta manera — pensaba ingenuamente — no se darán cuenta que Elisa está por estirar la pata si es que ya no la hubo estirado".

Entré, como digo, silbando y riendo; para despistar me puse a conversar con el loro, después acaricié al gato, le tiré la cola al perro que estaba encima de la perra y le hice una mojiganga a los canarios.

—¿Recibieron el telegrama? — dije finalmente.

Mi padre, mi madre, Magdalena y el loro respondieron afirmativamente; los demás, guardaron silencio, un silencio respetuoso.

Pronto, la casa entera desbordó alegría por el éxito que confirmaban en mi presencia de ánimo. Mi madre, impresionada, rejuvenecida, gritaba:

—¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado!

Y el loro que se mezclaba en los asuntos más íntimos de mi familia, se hacía eco, repitiendo:

—¡Juí!... ¡Juí!... ¡Se ha salvado!

—Pues bien: — rectifiqué yo — ese telegrama es falso; no quiero seguir mintiendo, me he jurado no mentir más, nunca más: Elisa se muere...

En seguida me arrepentí de haber dicho la verdad e inventé inmediatamente otra mentira.

—No, el telegrama es auténtico: me costó cinco pesos... Elisa no se muere, por el contrario, la operación le sentó tan bien que ya está levantada... en la cama... Salió de la sala de operaciones caminando sobre unas parihuelas, se comprende...

—¿Es cierto?

—Ciertísimo, madre.

Aprovechando que no llovía, afirmé:

—Que caiga un rayo y me parta la cabeza si no es cierto: figúrate que al segundo día ya corría carreras...

—¿De veras?

Como no le tengo miedo a Dios, me persigné y dije:

—Te lo juro por esta cruz, madre: antes de partir, bailó en mi presencia, el momento musical de Schubert...

Durante un mes seguí el curso de la operación por teléfono. Todos los días hacía un comunicado al Rosario que recibían allá gratuitamente, pero que yo tenía que pagar acá por adelantado. El resultado fué el siguiente: a los 30 días tuve que empeñar un microscopio de tres lentes, la balanza y el reloj de mi hermana, a los 50 cayó el loro, una capa de la vieja y los tres canarios jauleros y redobladores.

Elisa se salvó. Siete meses más tarde fué dada de alta y regresó a casa aparentemente restablecida, pero débil, amarilla, desencajada, vidriosa: parecía una figura en tercer o cuarto plano del teatro bataclán.

Era una sombra dantesca.

El trastorno que le produjo biológicamente la falta del intestino repercutió en sus facultades intelectivas. Las funciones digestivas se resintieron profundamente, otro tanto ocurrió con el sistema nervioso. Hubo un desequilibrio en los centros motores, patinaban los pedales, no respondía el manubrio: se le descompuso la bicicleta. En el fondo oscuro de sus tejidos y filamentos se desencadenó una tormenta.

No era solamente su cuerpo el que estaba acostumbrado a disponer de un tacho de basuras como es el colon, sino el cuerpo de mi madre y de mi padre, de la madre de mi madre y del padre de mi padre, suma y sigue hasta llegar al antropopiteco, que le habían legado esta costumbre por intermedio de órganos específicos.

Pronto empezaron los vómitos, los impulsos raros, las ideas extrafalarias y otra vez los aullidos, las danzas clásicas y la desesperación. Elisa experimentó una metamorfosis en la estructura de su cuerpo y de su espíritu. Modificó su neurastenia: tuve que estudiarla nuevamente como si se tratara de una persona desconocida. Llegó a cambiar la voz, el gesto, la marcha, los ademanes; el contenido de su espíritu era otro, otras sus naturales inclinaciones.

Mudó de personalidad.

Sus 33 años quedaron reducidos a 23 gracias a una modificación ingeniosa que introdujo en su carnet policial y en su partida de nacimiento donde trasmutó el 3 por el 2.

Quería representar el papel de una dama joven y cuidaba los menores detalles para que el público no la desmintiese. A mí me prohibió terminantemente que pasara los 27 años: debía quedarme en los 27 carnavales hasta nueva orden.

Dejó de llamarse Elisa para llamarse Elisabet. Nuestro apellido sufrió, en cambio, una contracción horrorosa. Le despertó cierta malignidad impulsiva que antes no tenía y le cobró un miedo espantoso a las arañas, a los ratones, a las cucarachas, y en general, a todas esas simpáticas alimañas que alegran con su presencia la tristeza de la vida doméstica.

Se hizo combativa, mosquetera, desenguada; por un quítame allá esas pajas promovía un escándalo napolitano y fomentaba con fruición morbosa la cizaña entre los vecinos. El vino que había tomado el viejo se le subía con frecuencia a la cabeza.

No había forma de regularle el intestino y su carácter se hacía cada vez más áspero. Cualquier ruido la ponía de mal semblante y la caída fortuita de un plato o de una taza le hacían pegar un bote en la silla. Acusaba a todos de estar complotados contra ella para hacerla morir a plazo fijo; pero ella no moriría, no; viviría para hacer morir de rabia a cuantos anhelaban su desaparición.

Cuanto veneno se ensayaba para remediar su angustia, terapéuticamente, no surtía ningún efecto.

En vista de que su organismo se hallaba inmunizado contra la ciencia, el Doctor X la abandonó. Yo también no quise saber más nada y ella se entregó a otros médicos que se encargaron de convencerla que los doctores XXX eran dos asesinos fracasados que empleaban la cirujía como una válvula de escape a sus instintos feroces; pero todos le cobraron regularmente sus honorarios, aunque ninguno fué capaz de remediar su situación.

Su naturaleza, sin embargo, trabajaba secretamente por el restablecimiento del equilibrio en las diversas regiones anarquizadas.

Se entregó luego en manos de adivinas y taumaturgos, mujeres que curan con talismanes, hombres que sanan con "un santa María sácame esta porquería". Llegó a los límites del espiritismo y fracasó como medium por tener la matriz torcida: los espíritus no acudían en línea

recta y se desviaban en forma lamentable.

Al fin dió con un estupendo ignorante, una especie de Rasputín de dos metros de altura, que la curó con palabras de la magia negra.

Elisa llegó a creer en la influencia de los astros, en la mediación de los difuntos, en la predestinación y en la metempsicosis. Cuando creía yo que ya estaba completo el cuadro de sus creencias extraordinarias, hete aquí que se hizo religiosa; llenó la pieza de santos y santas y se enlazó al cuello un escapulario con una sarta de medallitas y una piedra de alcanfor. Quería desposar, por lo visto, dos cosas tradicionalmente antitéticas: la higiene y la religión.

Todos los días iba a misa de 9 y una vez por semana hacía una peregrinación en chancletas a Santos Lugares y depositaba al pie de la Santísima Virgen María un óbolo que recogía un santo padre para alimentar la santísima bulimia de la santa madre iglesia. Regresaba llena de pulgas y con un baile de San Vito en la pelambre, hipódromo donde concertaban carreras los parásitos benditos.

Consultó libros de magia, de ocultismo, de naipes y de otras asignaturas infernales. Aprendió a tirar las cartas con singular maestría, adquirió un profundo conocimiento de la materia y cada vez que le dolía el riñón, en vez de ir en chancletas a Santos Lugares, barajaba los naipes y le preguntaba al siete de oros o a la sota de bastos, por qué le dolía el riñón.

Se hizo terriblemente supersticiosa, sensiblera, fatalista: creía en lo que nadie puede creer y no creía en lo que puede creer todo el mundo.

Si el jabón se le caía al suelo, Elisa se desconsolaba, porque según todos los sabios de la migromancia y algunos teorizadores del espiritismo, esto significaba "contraste". De mañana se cuidaba muy bien de no cantar porque trae desgracia de tarde y de tarde porque trae desgracia de noche y de noche porque la policía no lo permite. El viernes no se puede reir porque acarrea funestas consecuencias. Camilo Flamarión citaba el caso de una mujer que por haber reído el viernes, murió al otro día sábado. Se dió el caso de otra que murió el mismo día: en esta el castigo, como puede verse, fué severísimo.

Había muchas cosas por el estilo; verbigracia: embarcarse un viernes o un martes era de una temeridad descacharrante.

Cuando pasaba una lechuza, Elisa, se persignaba, sacudía el escapulario, besaba las medallitas y olía el alcanfor; cuando pasaba un jorobado se contraía y le tocaba nada más que la joroba.

Vivía suspensa de todo género de hipótesis absurdas, encerrada en las cuatro paredes de su galimatías místico. A la hora de comer vigilaba el pan a fin de que no se invirtiese y a la hora de dormir ejecutaba 37 ejercicios de la magia negra de una complejidad increíble. La noche de San Juan se levantaba en pellejo y hacía un poco de acrobacia misteriosa en el patio ante la estupefacción de la luna y las estrellas.

A veces hay duendes en la casa que ella solamente ve, ruidos que nada más que ella oye y fantasmas que pasan delante de sus narices, pero que nadie distingue.

Desde que la operaron no tuvo más flujos y le desapareció por completo la menstruación; ahora está bien de salud pero enferma de espíritu.

Frente a esta mutación psíquica me he quedado perplejo.

¿Por qué la desconozco? ¿Qué agentes microbianos suscitan en ella esas pasiones extrañas que conmueven su alma y su corazón? ¿Es esta aquella Elisa que se crió a mi lado y se desarrolló paralelamente conmigo, sensata, observadora, o es una bruja que reniega de todas las convicciones que pacientemente le inculqué?

Se siente, como dije, más joven, más niña y de acuerdo con sus nuevos sentimientos reorganiza su vida. Despidió a sus relaciones maduras y contrajo amistad con criaturas de tres a cinco años.

Siempre hay en casa una tropa de chiquilines que la rodean y charlan y can-

tan en una espantosa comunión de intereses y afectos. Su cuerpo ha disminuído de peso y de estatura: se siente niña y niña caprichosa que se sabe con este defecto y exige ingenuamente que se lo respeten. A todos los niños le inocula el veneno de sus manías supersticiosas, su espiritismo y su nigromancia. Está preparando una generación de mentecatos y zanahorias.

Si alguien se opone a la satisfacción de sus múltiples caprichos, se deja caer en una silla y finge magistralmente una crisis nerviosa con pataleta de melodrama.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!... — chilla. — ¡Que se me descose la operación! ¡Huí!... huí... mamá... papá... ¡que se me va a descoser la operación!...

La vieja está convencidísima que, el mejor día, en efecto, se le descose la costura de la operación.

Elisa se compró un banquito porque la silla le resultaba muy alta, se compró también una muñeca y una serie de mascotas de celuloide entre las cuales predominan los chinos barrigudos, pistonudos y patizambos. Esto da una suerte bárbara.

En este momento su antipatía por el matrimonio ha degenerado en una especie de horror al macho. Padece manías de persecución genésica: por todas partes ve pantalones que la acechan con un fusil al hombro, calzoncillos que siguen sus pasos, sable en mano, emboscadas de Barba Azul, estratagemas de Juan Tenorio. Al pasar junto a una casa amueblada, toca fierro tres veces y exclama:

—"¡Cruz Diablo!"

En ciertos períodos lunares le aparecen manías fugaces que le desaparecen con la luna. Por ejemplo, durante un cuarto creciente sustentó la idea de comprar una casa sin tener el dinero correspondiente para adquirirla. La casa valía 20 mil pesos y no estaba situada en ninguna parte, pero la tenía siempre presente. Dispuso los muebles para mudarse, paró el reloj del comedor, embaló una máquina y llenó las copas y los botellones con viruta para que no se rompieran durante el acarreo. Contrató un carro y tres changadores y le comunicó al encargado de cobrar la luz que no viniese más. Despidió al cloaquero, lo propio hizo con el empleado municipal que recolecta las basuras.

Entretanto, jugaba desesperadamente a la lotería afirmando que adquiriría la casa con el dinero de la grande. En cuanto amanecía cogía los naipes en busca del guarismo agraciado con el premio máximo y baraja que te baraja, la sorprendía la noche con una lista interminable de números, encerrada en un atolladero de cifras.

Se iba a todos los remates, munida de datos y mapas catastrales, revisaba los títulos, discutía con el público y ofrecía tanto y cuanto sin tener un centavo. Diariamente se recorría con verdadero interés los escritorios de rematadores, los bancos hipotecarios y las empresas que trafican con propiedades. Pronto empezaron a llover catálogos, presupuestos, planos; ofertas y revistas mercantiles. Algunos rematadores enviaban un comisionado especial que discutía largamente con Elisa, regateaban, se acaloraban, reñían y terminaban siempre por no llegar a un acuerdo. Así se engañó durante un cuarto creciente y engañó a un centenar de pícaros inocentes que le llevaron el apunte.

Mensualmente cambia de humor, de gustos y de pasiones en forma radical. No se puede saber a punto fijo dónde irá a parar con sus ideas, pero no sería nada difícil que fuera a parar a ese establecimiento de la calle Vieytes donde los más encierran a los menos.

Visiblemente: la operación le produjo un desequilibrio en todas sus facultades: Elisa perdió su centro de gravitación y manotea en las tinieblas de sus instintos ancestrales con una linterna apagada en el cerebro.

Se pasa las horas consultando a los sabios más ilustres de los naipes, cuyos textos concienzudos detallan minuciosamente la relación íntima de las barajas con las acciones humanas. Es increíble la cantidad de volúmenes que se han escrito sobre esta materia.

Consiguió unos polvos misteriosos, cla-

ves enigmáticas, escarabajos divinos, ranas petrificadas, momias de la Gran China, calaveras del Afganistán, tibias del Peloponeso, moluscos del tiempo de Thutencamen o Thutencamon y otras reconditeces sobrenaturales sacadas de la naturaleza, a quienes atribuye poderes del otro mundo.

El mejor día terminará haciéndose adivina que es lo único que le falta para completar el cuadro clínico de sus aberraciones morales. Instalará en casa una mansión con crespones negros, gabelinos rojos, dientes de gato, pieles de lagarto, víboras en conserva, fenómenos en salmuera y publicará en una revista seria un anuncio que diga poco más o menos así:

"Elisabet X, maga y adivina, le falta "el intestino grueso, origen de su poder "extraordinario para dominar a los es- "píritus.

"Ofrezco mi consultorio para bien de "la humanidad. Consúlteme o escríbame "por todas las dificultades y desgracias "que le ocurran y se convencerá de mi "sabiduría. Sano el daño con rapidez, "arreglo toda clase de desuniones y ma- ""trimonios, curo cualquier clase de en- "fermedad por difícil que sea, curo el "reuma, la encefalitis, la meningitis, el "escorbuto, la mielitis, el cólera morbo, "la rabia. Tengo por medio de los astros "un dominio absoluto sobre los muertos "y sobre los vivos. Empleo el magnetis- "mo, la nigromancia, el espiritismo y los "naipes; tengo las reliquias más podero- "sas para conseguir el cariño de las per- "sonas y el éxito en los negocios, talis- "manes de gran potencia, ranas petrifi- "cadas que dan suerte y momias de la "Gran China que en su aparente tran- "quilidad anuncian pestes, predicen gue- "rras y conocen el día exacto y la hora "en que uno va a morirse. Tengo, ade- "más, escarabajos divinos, tibias del Pe- "loponeso, calaveras del Afganistán y "una tinta misteriosa para escribir a los "desunidos y hacerlos volver completa- "mente enamorados. Tengo fenómenos "en salmuera del tiempo de Thutenca- "men o Thutencamon y los polvos enig- "máticos de la yerba mágica que hacen "enamorar locamente y conseguir el ca- "riño de la persona que se quiere, aun- "que ella no quiera. Mis trabajos son se- "guros porque me falta el intestino grue- "so y tengo un riñón flotante, el corazón "boyando y la matriz torcida.

"Ofrezco mis servicios para bien de la "humanidad sin distinción de clases. To- "do lo que yo digo se consigue por la "modesta suma de 10 pesos. Los pobres "pagarán menos.

"Servicio nocturno".

A esta altura de mi novela me sentí repentinamente enconado contra el Doctor XX por varias causas.

Primero: porque siendo el Doctor XX un hombre de principios severos, liberal, radical, anticlerical, no debía ser al mismo tiempo partidario de la colectomía cuyos resultados eran manifiestamente opuestos a sus ideas.

Segundo: porque mejor sería aplicar este sistema contra los enemigos de Dios para convertirlos al cristianismo o contra los adversarios de la superstición y del obscurantismo para volverlos a las cavernas del pensamiento humano y no contra un miembro de mi esclarecida familia.

Y tercero: porque lo que yo había construído en el alma de Elisa en diez años de intensa propaganda, él me lo echó al suelo de un solo tajo.

Esta falta de respeto para mi obra, merecía por sí sola, una venganza ejemplar.

Estaba indignado, indignadísimo.

Me retorcía un par de mostachos imaginarios, lanzando aquí y allí miradas vengativas y reconrosas de elefante celoso a quien le ha tocado en suerte una consorte infidelísima y casquivana.

Yo tenía que demostrarle a ese señor con patente de burro y de asesino que no se cometían delitos impunemente.

Me vengaría.

Cogí las notas de mi novela (kilo y medio de papel), hice un análisis definitivo, post-partum, corté aquí, podé allí, y con esta preciosa carga bajo el brazo

salí resueltamente a la calle.

En mis ojos relampagueaba el fulgor siniestro de la venganza. Se dijera que Melpómene guiaba mis pasos y que Bruto se había instalado en mi pecho.

—¡Se las leeré! — tartajeaba en mis adentros. — ¡Ese bellaco, me las pagará!

Tomé un rápido y me dirigí velozmente al Rosario. Por el camino iba ordenando las carillas, es decir, la venganza. Había en todo lo que realizaba, premeditación, no lo niego; pero no alevosía, ni ensañamiento... Eso, no.

En cuanto me encontré en el consultorio del Doctor XX y le vi el rostro, pensé:

—Ha llegado la hora fatal...

Lo saludé malamente y de mala gana. El Doctor XX aquel día estaba afligidísimo: había operado a tres, de los cuales, tres habían fallecido. Esto no le ocurría más que siete veces por semana.

Yo le dije a boca de jarro, con tono solemne, casi pedagógico:

—Vengo a leerte unas notas con las cuales pienso escribir la novela de Elisa, aquella que tú operaste ,amigo XX, mi muy amado amigo XX, mi nunca como se debe amado amigo XX... Te advierto que son 99 carrillas, de las cuales no pienso perdonarte ninguna... ¿Oyes? ¡99!...

El Doctor XX se puso lívido, mientras yo, impávido, esgrimía el kilo y medio de manuscritos en la actitud amenazadora del que va a dar comienzo a una lectura inédita, repitiendo, ahora sí con alevosía, con ensañamiento:

—¡99!...

Me pareció que quería huir y le corté el paso, cerrando inmediatamente las puertas del consultorio. Lo miré fijamente y añadí con más vehemencia:

—El que siembra viento recoge tempestades... No te escaparás, matasanos, aliado de las funestas hijas de Aqueronte, que trabajas en concubinato espiritual con los empresarios de pompas fúnebres... ¡Compinche fatídico de la muerte, no te escaparás!

Y le leí las 99 carillas, sin respirar casi, sin titubear, sin pestañear, gritando y accionando cuando los signos de admiración lo reclamaban y atiplando la voz en los pasajes tiernos y emotivos. Al final, ya sereno, tranquilo, vengado, tuve la desfachatez inocente de pedirle una opinión.

—No la escribas — me rogó semidormido, turbia la mirada, ecléctica, vidriosa, los párpados caídos, — te lo pido encarecidamente...

—¿Por qué?

—Porque todo lo que dices no es verdad.

Me puse otra vez furioso.

—¿Cómo que no es verdad?

—Sí, no es verdad verdadera...

—Te digo que es verdad verdadera, verdad verdadera y verídica...

—Pues yo te digo que no: tu hermana no fué operada como tú supones sin ningún fundamento. Hubo laparotomía, nada más...

Yo no entendía bien lo qué era eso de laparotomía, sin embargo, respondí alzando el falsete y con aire de saberlo todo:

—¡Ah!... ¿Con que hubo nada más que "laparotomía", no?... ¿Laparotomía, eh?...

—Nada más que eso: se le abrió la barriga y como no se encontró lesión alguna en el intestino, se volvió a cerrar sin tocar absolutamente nada.

Yo leí claramente en los ojos del Doctor XX la intención de desconcertarme y anular el carácter irrevocablemente naturalista de mi novela. Quise preguntarle si estaba seguro de no haberse olvidado algún objeto en el vientre de mi hermana, por ejemplo un volumen de "Bombarda" o alguna producción de la escuela de los papanatas, porque la muchacha estaba haciendo cosas de 0.10 el tomo, pero volví a lo que más me interesaba.

—¿Dices que no hay verdad verdadera y verídica en mi novela: "Una colectomía funesta"? — insistí.

—No; tú eres un literato empedernido, galvanizado, daguerreotipado y has hecho literatura con tu hermana que no ha sido colectomizada y es una neurasténica incurable.

—Mi hermana — dije — dándole un puntapié a una salivadera — ha sido

operada. Tú le has robado con fines inconfesables, un metro y 70 centímetros de intestino grueso. Yo, ahora, que me he constituído en tribunal de honor, te pregunto, escucha bien lo que te pregunto: ¿Qué has hecho de la tripa de mi hermana?

—Cállate, literato.

Nuestra conversación se agriaba.

—¿Me llamas literato para ofenderme?—pregunté.

—Sí.

—Pues bien, te equivocas: yo tengo muy a bien ejercer una profesión más honrada que la tuya. Todavía no he matado materialmente a nadie...

Decidí marcharme.

Al despedirme seriamente, sentenciosamente, le dije:

—Yo nací literato ¿oyes?, soy literato y pienso morir literato; ¡literato hasta la muerte!

Para dejarle, finalmente, una prueba irrefragable de mi profunda cultura y de mi educación esmerada, antes de cerrar la puerta, le hice un corte de mangu irreprochable.

Elías CASTELNUOVO.

EL BRASIL

Estoy en el Estado de Río Grande do Sul, una línea infinitamente quebrada por cerros y cordilleras, radiante de luz y soberbia de verdura. Se necesita, por lo menos, cuatro días de trocha angosta para atravesar esta región de parte a parte, merced a los múltiples obstáculos naturales que tiene que salvar la viación férrea. La trocha angosta culebrea como un buscapiés monstruo canalizando la lejanía vertiginosamente. Los campos inmensos están bañados, aquí y allí por torrentes de luz y muchas ciudades sumergidas en el cráter de cuatro cerros aparecen allá en lontananza como manchas encarnadas y brillantes, perdidas en el fondo de una gruta salvaje. La verdura presta al paisaje una fisonomía alegre que el cielo realza con tintas fuertes y que la arquitectura brasileña copia y exagera de una manera escandalosa. Al llamado brasileño le agrada mucho los colores subidos, espesos, chillones, el rojo, el verde, el azul de Prusia: posee una retina poderosa y un gusto estético funambulesco y erótico. El decorado de las moradas es singularmente propio: una bacanal de líneas, una orgía cromática y un cargamento churrigueresco de molduras, chapiteles, arcadas de circo y ojivas de certámenes rurales. En la decoración interna se emplea una lluvia de encajes, cintajos, puntillas y gobelinos. La llamada brasileña es la que manda y arregla la casa como un lujoso prostíbulo. El dormitorio da siempre a la rúa: está siempre abierto, perfumado y destaca entre la red de puntillerías una cama suntuosa y regia, que es una provocación directa al sexo. El llamado brasileño, es, antes que un ser espiritual, un animal de reproducción, un Hereford estupendamente prolífico, campeón de la raza humana, y, la llamada brasileña, una preciosa incubadora, una especie de ametralladora de largar hijos. Los negros se reproducen como los co-

nejos y sospechamos con fundamento que si les dejaran "vía libre", en término de 100 años, cambiarían radicalmente el color de la especie. Debemos reconocer, sin embargo, que la raza brasileña, a pesar de ser negra en sus dos tercios, está bien constituída y supera en belleza plástica al resto del continente. Es una raza vigorosa y corpulenta con injertos alemanes y suecos: fresca, larga, tranquila, zanganuda. El llamado brasileño es inmutable y sereno como un pasmarote, camina a grandes trancos y lleva siempre las manos en los bolsillos para que le pesen menos los brazos; mide el tiempo y las distancias por "garrafas" y "canecas" y conserva aún bajo el sistema republicano un profundo respeto por los títulos de nobleza, las condecoraciones, los diplomas, las cruces... Cualquier negro patizambo lleva una sarta de medallas al pecho y cualquier infeliz es vizconde, marechal, barao, doutor, courenel... El llamado brasileño es superlativo, catastrófico, desconcertante. Todo fenómeno social sin mayor importancia cobra en su lengua proporciones fantásticas; es, sin disputa, " phenomenal, sorprehendente, terrivel, implacavel, inexoravel, descuyambante, atroz". El idioma portugués que habla, viene a ser un castellano corrompido que tiene muy poco de Camóens y mucho de lunfardo. Parece un castellano en boca de turcos y de peninsulares. Para decir almacén, dice "armazén"; para decir salón de lustrar calzado, dice: "engraxataría"; al ancho, le llama "largo"; al cepillo, "escoba"; a la escoba "basura"; a la basura, "cisco"; al sordo, "zurdo"; y, al zurdo, "canioto"... Tabaco es una mala palabra y tabaquera una palabra horrible; pero, cagado es una expresión bonita y simpática que se emplea como requiebro en un sentido figurado y significa "pequenna tartaruga de agua doce". No hay que decir paquete, ni caja entre raparigas, pero se puede decir impunemente meo, buraco...

Si al llamado brasileño lo chumba un perro, éste saca el revólver y le hace fuego en plena calle.

—Ao brazileiro — dice con altivez — nao ladra ninguem cachorro filio da perra...

EL URUGUAY

El Uruguay, en cambio, es una planicie gris y oscura, tapizada de cardos y abrojos; estéril, amarilla, fúnebre como una pampa desierta; monótona y sombría como la muerte; pero bien alambrada, sólida y prolijamente alambrada, de norte a sur, de este a oeste. A través de las ventanillas del ferrocarril contemplamos durante dos días y una noche el panorama siniestro y negro de las sierras uruguayas y nos quedó en la memoria, el recuerdo vago de haber atravesado en sueños un vasto cementerio donde se alzaban como espectros, los árboles, las rancherías y el ganado. Los llamados gauchos orientales que ocupaban esas tumbas de barro, parecían miserables esqueletos de charrúas, restos de una raza moribunda que cubre la desnudez de su osamenta con el sudario de ponchos viejos y mugrientos. No hay gaucho más pobre que el gaucho oriental,

ni tierra más triste y desolada que la suya. En el departamento de Artigas, hemos visto hacer caldo con velas de sebo, y en Tacuarembó, alimentar niños de pecho con azúcar solamente; en el Salto, nos contó un poeta uruguayo, que, creció y se desarrolló comiendo nada más que zapallos. Hay departamentos, en los cuales, el pueblo se alimenta de maíz como los caballos, de berros como las vacas y de verdolaga como los marranos. En Rivera se come cualquier clase de yuyos y se resiste bien tres días sin comer y seis meses sin lavarse.

Por eso, el llamado gaucho oriental, emigra constantemente de su patria en busca de nuevos horizontes y nuevos comestibles... Creemos que hay más orientales en el extranjero, que en la patria que los parió. Se explica, hasta cierto punto, que, siendo el Uruguay un país pobre y desolado, produzca hombres flacos, hambrientos y vagabundos: un tipo de gaucho alfeñique, todo él, facón y melena y un tipo de china trasparente, toda ella, conversación, altivez y polleras... En casi todas las partes de América que estuvimos, nos encontramos siempre con una verdadera plaga de orientales: iguales todos, como decimos: flacos, hambrientos, tristes; o sino: soñadores, dormilones, zanganotes y temulentos. El oriental que no es gaucho conserva lo mismo, en el fondo, su amor acendrado al mate amargo y a las tortas fritas con grasa ordinaria. A través del Florencio Sánchez comediógrafo, hombre civilizado y culto, nos pareció ver siempre al gaucho desheredado, corrido y guacho. Porque, también tiene eso el llamado oriental: comúnmente es guacho o si no lo es lo tratan igual que si fuera guacho. ¡Linda raza la nuestra amigo Javier de Viana! En Buenos Aires, hay según el último censo, tres mil prostitutas uruguayas y en el Hotel de Emigrantes, un 80 por ciento de los que esperan la sopa boba, son, también, orientales.

Nuestra raza está en decadencia y los sudamericanos aprovechando esta debilidad, nos tratan a ponchazos. Cuando un oriental marcha por el sendero de América, todos le salen al paso y le gritan:

—¡Ladiate!

El pobre gaucho oriental

En el Sarapico oímos cantar una milonga cuyo título era el mismo que nos sirve de epígrafe y cuya contextura tenía cierta atingencia con lo que venimos diciendo. El gaucho oriental pierde todo: el pelo, los dientes, la vergüenza, menos la guitarra; donde trasporta su esqueleto (al pobre, ya no le queda más que la armadura ósea) transporta, asimismo, el instrumento, esto es: la vigüela...

El Sarapico es una especie de "albergue de noche", miscelánea de lupanar y fonda, casa de juego y salón de baile, planchada del infierno donde gimen y se emborrachan y se arrastran los gusanos de la especie, machos y hembras, negros y blancos, extranjeros y nativos. El llamado brasileño gusta mucho oir cantar a los castellanos, especialmente a los orientales: esto no obsta para que cuando un emigrado so-

licite hospitalidad, lo haga dormir en el gallinero.

En medio de aquella gente deprava-da, triste, disoluta, el gaucho oriental se puso a rascar la vigüela.

Una voz de hombre mamado, suplicaba:

—Canta castellao....

Y otra de mujer:

—Nao te fagas de rougar, canta... Eu me morro pelas tuas cancoes...

El cantor no se hizo rogar y bien pronto abrió el fuego contra los llamados gringos, en una diatriba fenomenal, versificada a golpes de hacha. No sabemos si transcribimos fielmente lo que escuchamos, pero sabemos que lo más sobresaliente de la canción no lo pudimos retener más que en espíritu. Más o menos empezó así:

Malditos sean los gringos
que a juerza de trampa y guerras
nos han robado las tierras,
la guitarra, el chiripá....

Malditos, sean malditos:
rellenaron las cañadas
y hicieron de las charqueadas
infiernos de soledá....

Talaron bosques floridos,
derrumbaron nuestros ranchos
y hoy vamos como caranchos
a través de un malezal...

El cantor enumeraba una por una, las bellezas nativas que fallecieron bajo el puño de fierro del extranjero laborioso. Las estrofas desaparecían envueltas en un lagrimón doloroso, equivalente a un radioso parto espiritual: meteoro del alma que se estrellaba contra la grasitud negra del pavimento. Volvió a rascar la vigüela:

Las estancias de hoy en día,
llenas de pinchos y fierros,
dan de comer a los perros,
pero al gaucho no le dan...

Ya no hay criollo en la tierra
sólo hay gringo y gringo rico,
dispués trabajo de pico
pal pobre gaucho oriental...

Pasaron aquellos tiempos,
pobre alma mía, pasaron:
ya que el canto nos dejaron
sólo nos resta cantar...

Y el mozo cantaba como un poseído, herido en el alma por un rayo de luminosa inspiración. Los ojos le brillaban terribles y fulgentes. Aquel "malditos, malditos", más bien que cantarlo, daba la sensación que lo escupía... Su aspecto en ese instante supremo era más lamentable. Era, sin duda, todo él, desde el chambergo hasta las alpargatas, un extraño ejemplar de la raza humana. Flaco y demacrado, tenía las facciones propias de un muerto de hambre, ensoñativo y bigardo.

A pesar de ello, un negro grandote, descalzo y sin sombrero, exclamaba:

—Isto castellao fica muito bunito si canta e nao chora, mais si canta e chora fica melior ainda...

La muerte del gaucho

No sabríamos asegurar si es por las condiciones actuales de la América Latina que el gaucho va desapareciendo con todo el bagaje de sus tradiciones — el facón, la guitarra, el pingo, las boleadoras — o si es que los llamados gringos han absorbido moral y materialmente la raza. Nosotros no vamos a discutir la superioridad de los caracteres europeos, pero vamos a discutir y defender la originalidad de la especie. Si todos los hombres fueran idénticos, serían todos idénticamente detestables; si todas las civilizaciones fuesen iguales, serían igualmente todas uniformes y aplastadoras. Si el chino se hiciera japonés y el japonés lapón, no habría ni chinos ni japoneses ni lapones. En la variación, finca, precisamente, el encanto singular de todas las cosas. La civilización europea tendrá sus valores positivos en Europa, pero pierde su virtualidad si la trasplantamos, por ejemplo, a la América Latina.

El gaucho moribundo, con un pie en el estribo y el otro en la tumba de la historia, siente, todavía, por el llamado gringo, un desprecio casi olímpico; todavía lo mira por encima del caballo y discurre mentalmente contemplando la transformación de sus antiguos pagos:

—Me ha reventao...

Y discurre y dice la verdad misma, porque analizando detenidamente la cuestión, el europeo con sus maquinarias, con sus ferrocarriles y tranvías eléctricos, con todos los instrumentos satánicos de su actividad epiléptica y asombrosa, reventó al gaucho y lo redujo insensiblemente a la esclavitud del trabajo sistematizado, metódico y embrutecedor.... Derribó sus chozas anticuadas para levantar granjas con molinos de viento, a puro w. c. y baños fríos y calientes; taló las selvas vírgenes para sembrar papas y llevó su insolencia hasta degollar las pampas con el arado y a envenenar los aromas agrestes y salvajes del gran Chaco con fábricas de jabón e ingenios de tanino. Donde pone la mano el europeo, la poesía muere, muere la tranquilidad estupefacciente y genial del nativo y aparece el humo asqueroso de las fábricas, surge la actividad del trabajo, crecen las papas y los repollos florecen...

El llamado gringo no sueña como el llamado criollo: duerme como un lirón y ronca como un tronco. Madruga, no para contemplar la aurora; madruga para trabajar, madruga para matar vizcachas, madruga para aplastar hormigas... Aprecia el tiempo en su valor económico y reduce la existencia a números y la convierte en papel moneda. No le gusta mucho sembrar ideas y los sentimientos son bagatelas del corazón, caprichos de la inteligencia que no producen plata; le gusta, eso sí, sembrar mandiocas, rabanitos, remolachas.... Detesta la guitarra, porque la guitarra no da frutos y se abstiene de bailar porque el baile rompe los zapatos, raja los pantalones... El llamado gringo nunca pide un instrumento de cuerdas para dar libre expansión a su espíritu: pide un instrumento de trabajo para desplazar su cuerpo, pide una zapa o una carretilla. Consume su vida trabajando, siempre trabajando, las guampas clavadas en la tierra — no mira al cielo para no perder tiempo — abriendo zanjas y plantando melones. Se pasa los tres días miserables de la existencia sacando cuentas, sumando y multiplicando: la muerte lo sorprende, ordinariamente, con un pagaré en la mano izquierda y una pala de puntear en la derecha. Por suerte o por desgracia, el llamado criollo no sabe contar más que hasta diez, gracias a Dios que le puso diez dedos, y su capacidad para las ma-

temáticas es completamente nula. El llamado criollo es el enemigo más terrible que tiene la aritmética. Mirado desde el punto de vista artístico, es un tipo monumentable, simpático, pintoresco, y, a pesar de su incapacidad manifiesta para "ganarse la vida", tiene un concepto elevadísimo de la existencia... Sí, sí; la alegría de vivir no se experimenta solamente abriendo zanjas y ordeñando vacas, ni la felicidad proviene de la electricidad sustituyendo a la vela de sebo, ni proviene del teléfono, tampoco de las industrias... La felicidad consiste en parte, en que cada uno viva su vida y deje vivir la suya a los demás. Los europeos están empeñadísimos en querer civilizar a los indígenas y los indígenas empeñadísimos en no dejarse civilizar. No hay ningún derecho para obligar a un hombre a que deje de ser lo que es, por la razón siniestra y cómoda de que éste no sea como somos nosotros.

Antes de venir el llamado gringo a estas playas blancas y doradas, los mares no estaban abarrotados de boyas y cruceros, ni los campos estaban cercados, ni se vendían las flores en subasta... El tránsito era libre y para cruzar un charco de agua podrida no había necesidad de fotografiarse, vacunarse, revacunarse y sacarse las impresiones digitales.

—¡Pucha que sienta mal a un criollo la vacuna!—protestaba un gaucho oriental después de haber sido marcado en ambos brazos.—Le priende con rabia porque es factura e gringos... No conformes con habernos robao la plata entuavía nos encajan micorbios en los güesos... El mejor día... ¡nos matan del todo estos gringos!...

Y el infeliz miraba a izquierda y derecha, arriba y abajo, desconfiando que alguien le gritara:

—¡Ladiate!...



"Como dormen os monarchas"

Una revista femenina de Río Janeiro, bajo el siguiente título, inserta un curioso informe sobre la forma particular de dormir que tiene cada monarca.

¿Cómo dormía Napoleón I? El informe asegura que el emperador dormía "n'uma caminha de campanha nuda e descuyambada". ¿Y Atila? "Atila, chefe supremo dos hunos dormía sobre seu cabalho". ¿Y Nelson? "Numa pipa". ¿Y Diógenes? "N'um barril da cerveza".

Es muy interesante saber estas cosas...

Alfonso XIII, por si no lo sabéis, sabedlo: duerme boca abajo, pero se cruza las manos atrás haciendo canasto, en atención, sin duda, a que ha sido víctima de varios atentados ácratas... Su consorte que es rubia como una mazorca dorada por el sol, una inglesa blindada que no le teme a las bombas ni a los bombazos, duerme boca arriba. También dormía boca arriba el zar de Rusia, mas, ahora, el pobre duerme boca abajo... de la tierra.

El rey de Grecia, que es un hombre extremadamente belicoso en tiempo de paz y extremadamente pacífico en tiempo de guerra, duerme de flanco derecho o de flanco izquierdo, en actitud de paso redoblado o de paso al trote, según come antes de acostarse, carne de gallina o carne de gallo... De noche sueña y grita:

—!Pelotón!... ¡Paso redoblado!... ¡Al trote!... ¡Un!... ¡Dos!... ¡Pataplún, pataplún, pataplún!...

Seguramente que esto de "pelotón" y "pataplún" lo dirá en griego.

El rey de Bélgica duerme enroscado sobre una "paraguaya" por prescripción médica; el héroe de Namur y Brujas padece una disentería aguda que contrajo allá por 1914 cuando los alemanes le pegaron aquella espantada célebre, aquella carrera descomunal que empezó vestido en el Rin y terminó desnudo en el Marne.

Esto que vamos diciendo es muy interesante desde el punto de vista estético.

El príncipe de Mónaco, cuando duerme, pone las piernas en forma de ruleta, con la mano izquierda agita un volante imaginario que en medio de la oscuridad no atina a encontrarlo en el mismo centro, coge dos fichas con la derecha y tartajea: "Se va, se va".

Don Jaime de Borbón, hombre muy aficionado a los naipes, duerme como una sota de bastos. Durante el sueño, a falta de ideas, cambia barajas, habla solo y dice regias boberías. Hasta cierto punto, Don Jaime no tiene la culpa de esto, porque "las influencias de los antepasados" según lo ha demostrado Le Dantec, es una ley biológica a la cual estamos todos sujetos.

Guillermo II duerme sobre una catrera y Manuel de Braganza en una cama de fierro sistema "Frégoli". El sultán de Turquía duerme con un ojo cerrado y el otro abierto; cuando se le cierran los dos, tiene pesadillas espantosas: sueña que Lenin lo afeita en seco y que Mustafá Kemal le corta el pelo con fósforos. El rey de Italia duerme con una pistola en la mano, con un retrato de Mussolini en el pecho y con un santo Cristo bajo la almohada: piensa indistintamente en Cristo, en la pistola y en Mussolini con la misma fe que un católico piensa en la "unidad" de la trinidad.

En términos generales, del informe se desprende que los monarcas de hoy no duermen tranquilos... Todos presienten "algo" que les robará por completo el sueño aunque no les quite las ganas de comer, gracias a que los reyes, por ser reyes, tienen siempre un apetito regio. Parece que se acabaron aquellos tiempos felices, en que sus majestades dormían a pierna suelta sobre los cojines rubios y morenos de las vírgenes esclavas.

Entramos de lleno en el siglo del hierro y del acero...



Como educaré a mi hijo Granuja

La educación esmerada que pienso darle a mi hijo Granuja, me tortura, de tarde en tarde, la imaginación.

Este hijo singular que todavía no tengo, me ha dado ya más de un dolor de cabeza. Me preocupo tanto por su destino, que, a no mediar la circunstancia de no estar hecho, aún, no sería difícil que un buen día me enfermara de desesperación. Pensar seriamente en la educación de un hijo, para todo padre consciente como yo, en efecto, es cosa de volverse loco.

¿A quién confiaré mi hijo para que me lo eduque ya que yo no podré educarlo personalmente?

He aquí el primer escollo donde se estrellará la proa de mis aspiraciones. ¿Se lo confiaré al Estado que ha trustificado la enseñanza? ¿A la iglesia, a la santa madre iglesia? ¿A un reformatorio o al ejército de salvación? ¿Permitiré yo que a mi Granuja, a mi pobre Granuja, lo encierren cuatro horas en una escuela monocorde y sombría para inocularle el virus de la patria, el veneno de la religión? ¿Que le llenen la imaginación de fantasmas y de espectros y le amueblen la inteligencia como un suntuoso lupanar? ¿Que me lo sienten en un banco de madera empedernido para decirle que Belgrano era un noble guerrero, cuando yo sé que todos los guerreros fueron innobles asesinos? ¿Se lo confiaré a un sacerdote para que me lo domestique en el dogma de la obediencia, para que le petrifique el cerebro, le anule las pasiones y le ponga un freno de fierro a su corazón? ¿Para que le enseñe que Jesucristo murió por ser demasiado bueno, cuando, en realidad, murió por ser demasiado zonzo?

No; mi hijo no irá a la escuela. Se equivocan de lo lindo, jesuítas, masones y estatólatras de la pedagogía, si piensan que yo les voy a confiar a Granuja para que me le deformen el carácter y le llenen de fantasmas y de espectros la imaginación.

Granuja, no irá a la escuela: se educará en la calle, en el mercado, en el paseo de Julio... Yo me encargaré de orientarlo, de clavarle, si es preciso, los rieles para que pase gloriosamente con el vagón de su existencia por encima de todos los prejuicios sociales. Cuando se le obstruya el camino, Granuja se abrirá paso a codazos y leñaradas.

No quiero, en primer término, que mi hijo sea honrado: por eso lo bautizo Granuja, a fin de que más tarde le haga los debidos honores a su distinguido nombre. Quiero que sea un granuja perfecto: si acaso lo haré abogado... De todas las plagas históricas que afligieron a la humanidad ninguna hizo tantos estragos como la honradez.

En mi familia, la honradez tiene una historia negra: hubo crímenes, suicidios, infanticidios y golpizas. Todas estas bajezas se han cometido en nombre de la honra, de la cochina honra y con el saludable propósito de salvar la limpidez de mi apellido que ha llegado hasta mí, sin embargo, bastante sucio.

Mi familia tiene una tradición funestamente honesta, de la cual debo yo, prevenir a mi Granuja. El microbio de la honradez se ha trasmitido de padres a hijos como se trasmite una enfermedad crónica. Todos los que llevan mi apellido fueron víctimas del mismo error anacrónico, sufrieron la misma conjuntivitis granulosa del espíritu que no les permitió ver con claridad los problemas fundamentales de la vida de relación.

A mí me educaron con la moral del siglo XIII: "No hagas esto, no hagas aquello; cuidado con ir allí, cuidado con ir allá; no hay que robar, no hay que

mentir; el que levanta falso testimonio va de cabeza al infierno, el que se apodera de lo ajeno va de cabeza a la cárcel; respeta las leyes, respeta a los niños, respeta a los jóvenes, respeta a los viejos, respeta a Dios, respeta a tu madre, respeta a tu padre ,etc."

El respeto en el siglo XIII se extendía hasta los tíos, los primos, los parientes cercanos y lejanos; era excesivamente largo :era cosa de no acabar nunca.

Yo debía respetar a todo el mundo, pero nadie debía respetarme a mí que era lo único que me interesaba.

Mi difunta abuela me llevaba siempre a la iglesia de los capuchinos y mi abuelo difunto era una especie de órgano de catedal solemne, que me recitaba antes de dormir, todos los preceptos filarmónicos de la Santa Biblia.

El pobre difunto (que Dios lo siente sobre un escapulario a la diestra de mi abuelita en el paraíso, lejos de mí), el pobre difunto, me recomendaba siempre, con voz temblorosa y patética:

—"¡Cuida el apellido!".

Mi padre, que había ganado una fortuna "honradamente", era un eco radiotelefónico de mi abuelo, aunque en aquella época no se conocía aún la radiotelefonía.

—"Cuida el apellido — me recomendaba. — Sé honrado hasta la muerte. Aprende a ganar dinero como yo: honradamente; dedícate al comercio... Cásate con una mujer con plata"...

Mi madre repetía como un papagallo la "sana filosofía" de mi padre y yo me iba incubando dentro de las cuatro tablas viejas de un mundo soberanamente limitado y absurdo.

Cuando tuve una edad en que pude reflexionar por mi cuenta, me encontré atado a una moral, como digo, tipo siglo XIII, siglo de las velas de sebo... Todo lo que mis mayores me vendieron como bueno, resultaba para mí, de una maldad incalificable. El contenido de mi educación conventual, conspiraba contra mi independencia, contra mi salud, contra mi alegría.

Me enseñaron a trabajar como un dromedario y el trabajo me arruinó parcialmente la salud, totalmente los huesos; me enseñaron a ser honrado y la honradez me llevó más de una vez a la cárcel, me sumió en el más sarnoso pauperismo; me enseñaron a no codiciar la mujer porque era esto un pecado mortal y la falta de codicia estropeó mi vida genésica, amargó mi corazón, le puso un crespón fúnebre a mi alegría. Como si fuesen pocos los cuidados que requiere la biología del hombre, tenía que cuidar, también, mi apellido. La voz de mis mayores, muertos ya y putrefactos, me persiguió durante mucho tiempo:

—"¡Cuida el apellido!".

En una palabra: mis mayores habían levantado alrededor de mi persona, un cerco tupido de obligaciones que extranguló mis mejores iniciativas hasta los 23 años, edad en que renegué de la religión capuchina de mi abuelita.

Ahora, entonces, me propongo salvar a mi hijo Granuja de la influencia perniciosa de mi prosapia que desfiguró horriblemente mi personalidad con injertos de la peor naturaleza: le quiero obsequiar los frutos maduros de mi terrible experiencia.

No voy a cometer la tontería de entregárselo al Estado para que me lo eduque: en último caso, lo educaré yo. En mis manos, no lo dudo, se hará un hombre verdadero; vale decir, un pícaro de siete suelas, el número uno de los sinvergüenzas.

Hasta los tres años Granuja no hará nada más que tomar leche fresca en el restaurant materno. De tres a seis años lo enseñaré a robar a la madre; la madre, por su parte, le enseñará a robar al padre; después, a los vecinos... (como en la antigua Grecia).

De 6 a 12 años, se lo entregaré a un político destacado y hábil con el objeto de que lo instruya en la ciencia de la mentira, del engaño, de la traición. A fin de que el aprendizaje sea más eficaz y no pierda el tiempo inútilmente, trataré de que mi político sea de filiación socialista. Los socialistas conocen mejor el oficio.

De 12 a 16 años, Granuja entrará en el laboratorio de un falsificador experto,

quien se encargará de instruirlo en el arte de ganar dinero sin necesidad de arruinarse la salud. Si a los 20 años, no tiene tres prontuarios en la policía, (sección defraudaciones y estafas) lo echaré a la calle sin ninguna consideración. Yo no quiero gente honrada en mi casa: que vaya a jeringar a su abuelo o a su abuela... en el paraíso.

Quiero que sea un sinvergüenza, un grandísimo sinvergüenza, iconoclasta, demoniógrafo; que marche por encima de las leyes escritas con los zapatos puestos, que salte los alambrados, que escupa fuera de las salivaderas y que pase por todos los sitios donde dice: "Por aquí no se puede pasar".

Granuja será un muchacho alegre, jocundo, simpático, insolente; cara dura como Palacios, agalludo como Zoiza Reilly. Le hará el amor a las mujeres con el mayor descaro; no se andará por las ramas en esta vigorosa asignatura y procederá como Dios manda. A cada escopetazo de Granuja, caerá, para mayor gloria de la especie, una preciosa hija del señor embarazada. Trataré de que se infiltre en los hogares honradamente reaccionarios y deposite allí la semilla de la anarquía...

En vez de moralizar, la prole augusta de Granuja, desmoralizará.

No quiero que Granuja trabaje sistemáticamente, porque el trabajo sistematizado embrutece, degrada, enferma; antes de verlo entrar en una fábrica todos los días, prefiero que se convierta en un grandísimo atorrante, un atorrante con chinches...

A fuerza de machacar, haré carne en su espíritu aquello que dijo Salomón: "El vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo".

Granuja será, indudablemente, un perfecto granuja, un modelo de hombre pícaro y golfo: único en su género.

Me estoy sintiendo orgulloso de ser su padre.

Se me presenta, no obstante, una duda, una terrible duda: si mi hijo contrariando mis vivos deseos, saliera honrado, ¿qué haría yo? Veamos, pues, ¿qué sería de mí? Sí, sí, ¿podría yo que sufro del corazón, del hígado, de los riñones, resistir un golpe tan despiadado?

Pero, no; mi hijo no defraudará mis esperanzas y si las defrauda y sale honrado... ¡lo extrangulo!...

¡Oh, Granuja, mi bien amado Granuja, por lo que más quiero en el mundo, por tu egregia madre a quien todavía no conozco, yo te ruego que no me des el tremendo disgusto de salir honrado!

¡Todo, menos eso, oh Granuja, mi bien amado Granuja!

FIN

Números publicados

1. Las siete mujeres de Barba Azul, por *A. France* (agotado).
2. La última cita, por *Enrique Murger.*
3. Noche de amor, por *Emilio Zola* (agotado)
4. Vagabundos, por *Knut Hamsun* (agotado).
5. El zapatero Orlow, por *Máximo Gorki.*
6. Mimí Pinson, por *Alfredo de Musset.*
7. Los siete ahorcados, por *Leónidas Andreiev* (agotado).
8. Las tinieblas, por *Leónidas Andreiev.*
9. El hombre esclavo, por *Gabriel d'Annunzio.*
10. El misterio del asesinato y Las campanas, por *E. A. Poe.*
11. El cocodrilo, por *F. T. Dostoievsky.*—Poesía, por *S. Chocano.*
12. Luisa de Leclercq y Memorias de un viudo, por *Paul Verlaine.*
13. Los dolores del mundo, por *Arturo Schopenhauer.*
14. Poemas de amor y de vida, por *Rabindranath Tagore.*
15. La conquista del pan, por *Pedro Kropotkine.*

16 y 17. Los hijos del amor, por *Federico Urales.*

18. Los ex hombres, por *Máximo Gorki.*
19. El último día de un condenado a muerte, por *Victor Hugo.*
20. La religión y la propiedad terrena, por *L. Tolstoi.*
21. El espadachín, por *Iván Turguenef.*
22. Dios y el Estado, por *Miguel Bakunine.*
23. Poesías escogidas, por *Pedro B. Palacios (Almafuerte).*
24. Cofre de sándalo, por *Ramón del Valle Inclán.*
25. El ruiseñor y la rosa.—Poemas escogidos, por *Oscar Wilde.*
26. La vida, por *Arturo Schopenhauer.*
27. La sociedad del porvenir, por *Juan Grave.*
28. El origen del hombre, por *Ernesto Haeckel.*
29. Impresiones de mi viaje por Norte América, por *Knut Hamsun,* traducido por José Monín.
30. Los grandes procesos, por *Pedro Gori.*

31 y 32. Los placeres viciosos, por *William Drauger.*

33. El espejo de la muerte, por *Miguel de Unamuno.*
34. Carne doliente, por *Alberto Ghiraldo.*
35. Obras poéticas, por *José Santos Chocano.*

36 y 37. El satiricón, por *Petronio.*

38. Lo que son los yerbales, por *Rafael Barrett.*
39. El cinturón de castidad, por *Pittigrilli.*

40, 41, 42 y 43. Reflexiones sobre la violencia, por *Jorge Sorel.*

44. Mis memorias, por *Máximo Gorki* (extraordinario).
45. Virilidad, por *Giovanni Papini.*
46. La función social del arte, por *Max Nordau.*
47. Páginas escogidas, por *Pío Baroja.*
48. La Ciudad Luz, por *Victor Hugo.*
49. Vidas de Demóstenes y Cicerón, por *Plutarco.*

50 y 51. Martín Fierro—La vuelta de Martín Fierro y los Consejos del Viejo Vizcacha, por *J. Hernández.*

52. Notas de un literato Naturalista, por *Elías Castelnuovo.*